

Bea González
www.beagonzalez.com

Axxón 234, septiembre de 2012

Imágenes

Daniel Frini

**ARGENTINA**

Imagen uno


Ilustración: Tut

Se llamaba Yevdokiya Konstantinovna Naryškina y era hija de un boyardo poseedor de enormes extensiones de tierras al oeste de Mozhaisk. Su madre había muerto cuando ella era una niña y su padre, hombre al que veía muy poco en razón de lo ocupado que estaba atendiendo su elevado cargo en la corte del zar, se había casado nuevamente con Ivanóvna Maliuta Shestova; viuda también, y madre de tres hijas. Las cuatro mujeres la trataban como a un siervo más de la hacienda de su padre, obligándola a trabajar en la limpieza de la casa y en la atención personal de su madrastra y las tres jóvenes.

En este grabado de autor anónimo se puede ver a la joven Kiya de rodillas, refregando los pisos de la sala de estar de la mansión familiar; mientras, en segundo plano, puede verse a las cuatro mujeres y una invitada —probablemente la condesa Vasilevna Nikolaevna Skvortsova— que comparten una animada charla en la tarde de un caluroso día de verano.

Imagen dos

La Princesa Zenaida Nicolaievna Yusúpova y su esposo, el Conde Félix Félixovich Sumarókov-Elston, organizaron un baile en el Palacio Arkhangelskoye, al que invitaron a lo más insigne de la nobleza, entre ellos a la familia Naryškin.

Nadie dudó de que la invitación no incluía a la joven Kiya, ni siquiera su padre.

Sin embargo ella, de carácter afable y solidario, siempre sonriente y atenta; contaba con el apoyo de los demás siervos de la casa quienes la convencieron de asistir al baile, robaron algunas ropas de las hermanastras con las que hicieron un hermoso vestido, la maquillaron y acicalaron. Mikhail Nikítich Otrepyev, zapatero, le obsequió unas hermosas sandalias hechas a su medida y decoradas con escamas de madreperla, tomadas de un viejo joyero, propiedad de la abuela materna de Kiya.

Aquel día, luego de llevar a su familia al Palacio, los pajes regresaron a buscarla con el carruaje de su padre. Se arregló que volverían por ella a medianoche para tener tiempo de retornarla a casa y regresar a la fiesta por el resto de la familia.

Su presencia en Palacio causó furor. Su aspecto era tan diferente al de la sierva que todos estaban acostumbrados a ver que ni siquiera su familia se percató del cambio, y todos se preguntaban, curiosos, quién era tan deslumbrante invitada.

El hijo de los anfitriones, el Príncipe Félix Féliksovich Yusúpov estaba estupefacto. Bailó con la joven toda la velada y quedó asolado cuando ella, alegando excusas ininteligibles, se retiró del baile minutos antes de medianoche.

Esta pintura de Iliá Yefímovich Repin, titulada *La huida de la bella extraña*, rememora el momento en que Kiya entra al carruaje para volver a su casa, y el príncipe intenta retenerla tomándola de una pierna y quedándose con una sandalia como souvenir.

Curiosamente, nadie reconoció el vehículo y al Príncipe, tan alelado, no se le ocurrió indicar a su guardia que la siguiera.

Imagen tres

Se pidió la ayuda de la Ojrana, la policía secreta del zar, para encontrar a la

dueña de la sandalia. El Comisario Dimitri Ivánovich Bogrov organizó y comandó la requisa que, finalmente, dio con Kiya. Los cálculos más conservadores estiman en unos doscientos cincuenta muertos y en más de tres mil los deportados por los agentes de Bogrov, pero podrían ser muchos más. Por otra parte, se señala a Antón Pável Glazunov, campesino y amante despechado de Kiya, como la persona que la habría delatado a cambio de unos pocos kópeks, creyendo que la buscaban para ejecutarla.

Fue llevada encadenada a Arkhangelskoye y se casó con el Príncipe unos diez días después en la Iglesia del Arcángel Mikhail, en los terrenos del Palacio. La Princesa Kiya era respetada y querida por sus siervos. Se la recuerda como una dvoryanina muy justa y preocupada por el bienestar de sus amados súbditos.

Esta pintura del artista Isaak Ilich Levitán, llamada *La comparecencia de la Madrastra y sus hijas* muestra a Kiya, serena y majestuosa, de pie ante sus opresoras de antaño quienes, de rodillas y cabezas pegadas al piso, le suplican perdón. El gesto beatífico de la Princesa contrasta con el adusto de su noble esposo quien, sentado en el sillón de la sala de Justicia del Palacio, parece sufrir con el drama que se desarrolla frente a él. Se cree que Levitán recogió esta escena un día antes de que las cuatro mujeres y el padre de Kiya fueran ajusticiados por su orden directa, sin atender a los pedidos de mesura de su esposo.

Imagen cuatro

En febrero, las protestas del Domingo Rojo hicieron que el zar abdicara y se constituyese la Duma.

En noviembre, los revolucionarios guiados por Lev Davídovich Bronstein y Vladímir Ilich Ulánov derrocaron al gobierno provisional de Aleksandr Fiódorovich Kérenski.

Al año siguiente, estalló la Guerra Civil. El Príncipe Yusúpov, esposo de Kiya, se unió al Ejército Blanco del General Mijaíl Vasílyevich Alekséyev, y se cree que murió en la toma de Rostov.

Por esa misma época, los bolcheviques entraron al Palacio de Arkhangelskoye que sería, finalmente, nacionalizado. Kiya huyó poco antes de la llegada de los revolucionarios, se supone que ayudada por un grupo fiel de súbditos.

El siguiente daguerrotipo muestra a un grupo de milicianos bolches posando detrás de una fila de cadáveres de personas que pertenecieran a la nobleza y que han sido fusiladas. Se cree que está tomado en las afueras de Kursk, muy cerca de Arkhangelskoye.

Imagen cinco

Lamentablemente, sólo podemos conjeturar qué pasó con Kiya en los días posteriores a su huída del Palacio. Se sabe por referencias indirectas que estuvo en Bryansk y Kaluga, y se dice que fue reconocida por un ex empleado de su esposo en el mercado de Velikiye Luki.

Algunos aristócratas fueron ayudados a escapar por sacerdotes y comisarios del pueblo corruptos. La mayoría de ellos huyeron a Finlandia, Alemania o Francia, mientras que los menos fueron reubicados dentro del territorio ruso, con nuevas identidades. Tal parece ser el caso de Kiya.

En la fotografía, tomada en mil novecientos veintitrés, se muestra una escena familiar en la casa de campo del Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores Georgy Vasilyevich Chicherin, que aparece sentado en un extremo de la mesa, leyendo un periódico. Junto a él, están su esposa Tatiana Vladimirovna Skavronska y sus tres hijas, compartiendo el té, y cuatro camaradas al servicio privado del Comisario Chicherin —el segundo desde la izquierda es Yuri Ivánovich Kobylin, agente encubierto del Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, por entonces ya enemistado con el dueño de casa—. En primer plano, se puede ver a una anciana de rodillas, refregando los pisos de la sala de estar de la casa familiar. No se sabe qué nombre usaba, pero se trata de Yevdokiya Konstantinovna Naryškina. Se cree que, luego de la muerte de Chicherin en mil novecientos treinta y seis, Stalin la envió a Siberia.

Daniel Frini nació en Berrotarán (Córdoba, Argentina) en 1963. Es Ingeniero Mecánico Electricista. Fue redactor y columnista en revistas humorísticas del interior del país. En 2000 publicó el libro “Poemas de Adriana”. Colabora en varios blogs (”Químicamente Impuro”; “Ráfagas, Parpadeos”; “Breves no tan Breves”; “La Sonriente Cocina de Peloncha”; “Cuentos y Más”; “Educared-TamTam”; “La Oveja Negra”; “Antología Literaria”, “Poemia”, “La nave de los locos”; “BEM On Line”, “Cuentos inverosímiles”, “El Diario de Transilvania”, “Ficcionario”), en publicaciones digitales (”Axxón”, “Terrorzine” de Sâo Paulo, Brasil, y “miNatura” de La Habana, Cuba); y diversas revistas y periódicos en papel.

En 2009 ganó el 1er Premio de la Segunda Convocatoria de Microcuentos “El Dinosaurio” (Colombia) —en el que obtuvo, también, el 3er puesto—, el 1er Premio en el género “Cuento” del IV certamen de Cuento Breve y Poesía Cosme Sebastián Reniero (Avellaneda, Santa Fe, Argentina), el Premio Internacional de Monólogo Teatral Hiperbreve para Niñas y Niños “Garzón Céspedes 2009″ (Madrid / México D. F.) y el Premio “La Oveja Negra” de microrrelatos 2009 (Buenos Aires, Argentina; habiendo sido Finalista del mes de Marzo para este concurso anual). Fue finalista, además, de la Convocatoria Axxón de Ficciones Breves 2009. Su cuento “Éramos un millón de animalitos ciegos” fue seleccionado por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror para integrar la antología “Visiones 2009″. En 2010, su cuento “La última operación de cerebro” fue publicado en “Borumballa 2010″, antología realizada por los organizadores de ENCONTES, Festival de Narració Oral d’Altea (Alicante, España).

Su poema “Si vos estás” fue incluido en la “Antología Poética XX Aniversario” de la editorial “3+1″ (Buenos Aires, Argentina). Su cuento “El Secreto” fue seleccionado para integrar la antología “Grageas 2, más de cien cuentos breves hispanoamericanos, en el año del Bicentenario” del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (Buenos Aires, Argentina). Participó, con su relato corto “Contrabando”, de la convocatoria “Festejos del Bicentenario” del portal “Cuentos y más”. Fue designado pre-jurado del 1er Concurso Internacional de Relato Corto “El arte de fluir”. Fue designado Jurado de la Tercera Convocatoria de Minicuentos “El Dinosaurio” (Colombia). Es Coordinador del Taller Literario Virtual “Máquinas y Monos” de la revista digital “Axxón”. Es Corresponsal en Argentina de la Revista Literaria brasileña “Lit!”.

Hemos publicado en Axxón, además de numerosos cuentos breves: OPERACIÓN “OPERACIÓN”.

Axxón 234 - septiembre de 2012

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Realismo conjetural : Cuentos infantiles : Ucronía : Argentina : Argentino).

Noches de Bantian

Pé de J. Pauner

MÉXICO

En aquellos tiempos fueron muchos los que vieron prodigios. Se hablaba de lo sucedido a Ezrú, el camellero, que había visto venir hacia él una como gran antorcha flotando sobre las dunas. Se contaba de Hasaf e Ismael, hijos de Onás, a quienes se les había aparecido en un sueño —el mismo para los dos—, un gran pájaro del color del rubí y que arrojaba fuego por la cola.

De eso hablaban los sabios y decían: “los signos de los tiempos están manifestándose…”

Seguí escuchando prodigios y los profetas se multiplicaron. Todos hablaban del fin. Pero yo fui muy cauto, no creí, mientras tanto seguí habitando las tierras de Harán, al sur de donde estuviera Edén, entre los dos ríos que allí llaman Tigris y Éufrates. Eran tiempos de guerra, tuvimos que morar en cuevas, mi pueblo y yo, escondiéndonos como uno solo, en los desiertos, echados de nuestros territorios, mientras grandes ejércitos se despedazaban ante nuestros ojos, volaban por los aires fragmentos de lanzas y espadas empapadas en sangre. Se decía que un nuevo pueblo estaba edificando a orillas de estos ríos grandes ciudades de ladrillos hechos con barro y paja. Y se hablaba de Erec, que crecía fundamentada en el barro y la paja, como una ruta de comerciantes.

Entre las treguas, que a veces eran largas, puse a mi pueblo a edificar Bantian, la ciudad de ónice y jade en medio del desierto. La edifiqué como aquel pueblo, con ladrillo cocido pero que recubrí con ónice, jade y piedra traídos desde lejos. Mi ciudad creció bajo el sol y su fama se esparció. Entonces me puse a tomar esposas de entre los quemnitas, el pueblo que lleva los ojos delineados de rojo. Y tomé dos esposas, el nombre de la primera es Queriá y el nombre de la segunda es Venán. Yo les pedí dar a luz solo hijas, porque yo quería descendencia pacífica para que reinaran en concordia, no hijos varones para no perderlos en guerras. Pero el Señor de la Existencia provee y me proveyó con tres hijos.

Queriá parió dos niños a quienes llamé Elá y Mabzelá, porque nacieron mientras yo estaba afligido, haciendo sacrificios delante de las cuevas en un ara de piedra, pero Venán parió una niña a quien puse por nombre Viná

porque en medio de mi aflicción vino a ser como un oasis en el desierto de mi vida. Elá y Mabzelá nacieron juntos pero no tenían parecido entre sí y Viná nació dos días después. Los tres crecieron felices entre las dunas y jugando en las calles de piedra y, al cumplir trece años, seguían siendo niños pero Viná era como una mujer atrapada en el cuerpo de una niña.

Yo les veía jugar desde el Templo de los Ciento Treinta y Tres Escalones [1], que era todo negro y brillante como el espejo. Y me encontraba sentado en el trono en lo alto de la Explanada, al final de la Escalinata, cuando llamé a Viná que era tan alta y fuerte como sus hermanos, vestía con pieles ceñidas que le llegaban arriba de las rodillas y cuyo cabello era rojo como el atardecer pero a sus hermanos no llamé y siguieron jugando entre la arena, abajo, en el principio de la Escalinata del Templo.

Era de noche, una antorcha alumbraba sobre cada escalón, Viná subió a mí y tocó con sus rodillas el suelo, a mis pies, yo coloqué mi mano diestra sobre su cabeza, ella bajó la mirada y tocó con sus manos el ónice veteado. Entonces la amé más que a sus hermanos y amé a Venán, su madre, aún sobre la otra. Cuando el viento agitó el fuego de las antorchas abrí mi corazón a mi hija, mi amada, que era como un pozo de agua clara en medio de la sed de mi existir.

—Viná de Bantian, hija mía, ¿me amas?

Y ella dijo:

—Moulec, creador de Bantian, la ciudad bella que resplandece como espejo, padre mío, sabes que te amo con todo mi corazón.

Yo volví a preguntar:

—Viná, hija de Venán, mi amada, ¿en verdad me quieres?

Y ella respondió:

—Moulec de Bantian, su Rey y Constructor, progenitor, padre mío, el Justo, cuyo reino es un pozo y un granero para los viajeros, sabes que te amo en realidad.

Pero yo volví a tentarla:

—Hija mía, ¿me quieres más que tus hermanos?

A lo que ella contestó:

—Padre mío, sabes que así es.

Viná creció como cazadora y su fama se extendió y por esto nació un dicho:

“Mujer fuerte y valiente como Viná, la cazadora” y la llamaron “Princesa Cazadora”. A los quince años ella subía la Escalinata del Templo y me traía la caza, ayudada por sus hermanos, y la ponía a mis pies, lo cual me llenaba de gozo.

Por este tiempo, una noche, yo llamé aparte a sus hermanos y les comuniqué en secreto:

—Varones nobles de Bantian, hijos míos que serán como peñascos donde apoyaré mi vejez; reconozco la actitud que han tenido con su hermana, cómo le han protegido al igual que se protege un recipiente frágil y valioso, pero veo que sus ojos ya se fijan en las hijas de los hombres y en la belleza de su propia hermana por lo que les daré a escoger entre las doncellas de la ciudad a cuantas quieran y les edificaré a cada uno un reino y una ciudad. Pero a su hermana daré esta, la Ciudad de Jade y Ónice. —Así hablé en la Explanada, ante el Gran Altar, rodeado de las antorchas del Templo, al aire libre. Esa noche fue conocida como “la Noche de las Promesas” porque en esa noche hicieron un pacto el padre y los hijos.

Al otro día convoqué a todas las jóvenes que no hubieran conocido hombre al pie del Templo y de trece a diecisiete años las llamé. Ocurrió, entonces, que Elá tomó para sí tres esposas y se llamaron Errá, Joná y Beliáh pero Mabzelá tomó para sí seis esposas y fueron más bellas y más jóvenes y se llamaron Diá, Doná, Metzel, Detzer, Yía y Oura.

Y edifiqué al Norte de Bantian una ciudad para Elá y se llamó Zama-Betuel porque era de oro y plata y al sur de Bantian le construí a Mabzelá a Jodue- le- Parian porque era de plata con rubíes y piedra negra y brillante y las construí así para que defendieran el reino de en medio, el de su hermana, y las tres ciudades crecieron en fama.

Ahora bien, mientras los hermanos de Viná, mis hijos, reinaban en sus propias ciudades y las gobernaban justamente, yo reinaría en Bantian hasta mi muerte y entonces Viná sería reina.

En aquellos tiempos era muy común que la Voz y la Presencia del Señor de la Existencia se dejara sentir y escuchar por toda la Tierra habitada y que los hombres fuéramos sus testigos pero son y han sido más los que lo escuchamos y sentimos ante nosotros que los que han dejado testimonio de ello. Yo fui testigo una mañana en que subía la Escalinata del Templo. Sin saber por qué levanté la mirada al cielo y el Sol, que brillaba con toda su gloriosa fuerza, pareció disminuir de tamaño y volverse blanco y ya no arrojaba rayos luminosos. Me detuve conmovido y me aterroricé después, pues el Sol entonces creció al doble de su tamaño y brilló como nunca lo había hecho y me cegó. Mis rodillas se doblaron, caí sobre el séptimo

escalón y me cubrí los ojos con las manos. El cielo pareció abrirse y un vientecillo ni cálido ni frío me golpeó suavemente el rostro e hizo ondear mis vestiduras.

Pude ver los campos brillar con el rocío, las flores abrirse en súbitos estallidos de color y sonido aquí y allá, y cómo las cabras caían al suelo y parían crías vivas, a los pájaros cantar todos juntos, los árboles florecer de repente y como a un gran ejército de diez veces mil voces inundarlo todo con un suave campo de coros y perfume.

Oculté mi rostro sobre el suelo y cubrí mi cabeza con mis manos. Y me puse a adorar ese poder que emanaba de todas las nubes del cielo, que las recorría en forma de rayos y truenos mientras una cálida lluvia fina me acariciaba y una voz que no era voz sino una como fuente de gozo, alegría y al mismo tiempo de paz y temor, pronunciaba mi nombre:

—Moulec…

—Estoy aquí, mi Señor, tu humilde siervo aguarda —y no me atreví a levantar la vista otra vez.

—Moulec de Bantian… —y la tierra se estremeció.

—Ordena a este temeroso siervo, Gran Causa de Existencia, y haré lo que me mandes.

—Mira que he enviado a los Vigilantes a espiar los montes, las cumbres, los pueblos y las ciudades y de entre los Patriarcas he encontrado un hombre que espera en mí y no lo he encontrado con tacha alguna y su nombre es el tuyo. A Moulec he otorgado la facultad de construir una ciudad a la que llamó Bantian y a sus hijos construyó dos. A él he dado una hija que será causa de orgullo y amor pero a quien he escogido como objeto de mi pacto. Por esto tendrá que permanecer a mis ojos pura de cuerpo, mente y corazón y será tentada para probarla y mira que estoy buscando una simiente de promesa por lo que, si tu hija falla, mi corazón se sentirá herido.

Cuando el cielo se cerró, las vibrantes voces se acallaron, cesó la lluvia y yo subí al templo a ofrecer ovejas como ofrendas quemadas al Señor de la Existencia, a Ialdabaoth, mediante el cual todo existe aún cuando el Padre de lo Alto está sobre Él y por quien las promesas se cumplen con el tiempo.

Sucedió que me encontraba una noche clara de luna sobre el trono sentado, cuando algo me hizo levantar el rostro al cielo, vi que la luna perdía brillo, un gran viento corría hacía abajo como si algo invisible estuviese descendiendo del cielo y mi ropa y cabellera se agitaron y tuve que aferrarme al trono para no caer. Todas las antorchas se apagaron, la hoguera



del Gran Altar aumentó de intensidad y una voz se escuchó:

—Moulec…

Y las plantas que cuelgan desde lo alto del Templo escurrieron agua y perfumaron la noche. Mis rodillas se doblaron y me postré ante las llamas:

—Mi Señor de la Vida y la Muerte…

A lo cual la Gran Voz respondió:

—Levántate pues tu dios también es mi dios y yo soy solo un Mensajero y he sido enviado para eso.

Miré la hoguera que reverberaba pero no calentaba y se volvía azul y verde con la voz que surgía de ella.

—Ha sido este el mandato de Ialdabaoth: construirás en la explanada, al Norte, al Este y al Oeste del Ara Hoguera central, encerrándola, pero no al Sur, por donde se asciende y desciende, unas habitaciones abiertas hacia el altar. Y estarán sostenidos sus techos por columnas de oro de un palmo menor de gruesas y media caña de alto. Y serán doce las columnas. Cuatro serán por habitación y estarán cerradas con cortinas de lana y ahí dormirán tu hija y tú, en cada habitación, pero la del Norte, esa, dejarás vacía y preparada. Así ha dicho El Que Existe…

Las antorchas se encendieron de nuevo y la hoguera disminuyó y el viento ascendió muy arriba, a los cielos.

Temeroso de la ira de Ialdabaoth, no había preguntado al Mensajero de dónde provendría el oro para las columnas y, mientras vigilaba en el trono, oraba yo por una respuesta. Un día un anciano tembloroso, muy asombrado, subió hasta mí, se arrodilló pero yo le dije:

—Levántate, santo varón, tú que cargas con tantos años; solo deberás arrodillarte ante el Altísimo, jamás ante los hombres aunque estos sean Santos, Sacerdotes o Profetas. Dime, ¿a qué has subido al Templo de Jade y Ónice?

—¡Oh, Señor de Bantian, la Bella, algo muy grande ha ocurrido en tus tierras! ¡Mientras predicaba en el desierto hemos encontrado oro, oro en grandes cantidades en los muros de las cuevas, y brilla como el Sol y su olor es como de flores y miel, y las rocas han convertido sus guijarros en jade y ónice… ya no tendrás que transportarlos desde países extraños!

Yo me arrodillé y alabé a Ialdabaoth y dije, entre lágrimas de alegría:

—¡Está escrito: Un Eón llamado Providencia descendió para auxiliar a la humanidad y así el Señor provee y proveerá!

He aquí que las tres habitaciones largas estuvieron en poco tiempo

terminadas. Tomé para mí la habitación del Oeste pero di la del Este a Viná y desde mi lecho podía ver la hoguera ardiendo, mientras el viento agitaba los cortinajes y los de la habitación de enfrente.

Y pude ver a mi querida hija cómo dormía desnuda y se agitaba en sueños y mi corazón se conmovió.

Esa noche tuve yo también un sueño. Me encontraba sentado en el trono y Viná estaba de pie ante su Rey; entonces señalé con la mano abierta su sexo y le dije: "Ese es tu reino, tómalo, porque a tus hermanos daré yo como reinos tu cabeza y tus pies." Y he aquí que veía cómo una gran cantidad de sangre fluía por la escalinata de jade y ónice y cómo descendía a través de los varios escalones, lenta y pesada como la congoja y me acercaba al borde de la explanada y podía ver mi trono, hecho pedazos al pie de la escalinata después de haber caído desde arriba.

Miré, parecía encontrarme en un sitio muy alto, desde el cual miraba los Tres Reinos, Bantian estaba destellando en medio, Zama-Betuel brillaba al Norte, al Sur Jodue-le-Parian, y con horror contemplé la visión pues las Tres Ciudades formaban la silueta de una mujer. La ciudad de Elá, al Norte, formaba la cabeza y los hombros y la del Sur formaba los pies y las piernas pero Bantian, en medio, tenía la forma del vientre, el bajo vientre y el sexo de una mujer y de las paredes de Bantian fluía sangre, se dijera agua, tal era la cantidad que escurría por los muros y estos se volvían rojos. Desperté y me encontré bañado en el sudor que había vuelto frías las telas de mi lecho.

Ahora bien, aconteció que cuando el Sol hubo salido de detrás de las colinas mandé llamar a aquellos que saben interpretar los sueños, hablaron entre sí y mucho cavilaron, las noches pasaron y las antorchas se consumían en la escalinata, pero cuando volvieron, postraron la frente en el suelo y con voces débiles dijeron:

—Señor de Bantian… un como velo de oscuridad ha caído sobre nosotros y no hemos sabido interpretar el sueño que has tenido, oh, Rey y Constructor…

Y los días pasaron y las noches eran frescas y el viento que sopla desde el desierto no lograba levantar el velo de oscuridad de los sabios, y una de esas noches, Viná subió a la Explanada del Templo, la hice sentar a mi lado y dijo:

—Padre y Rey mío, tú sabes que, conforme crece, una mujer necesita de más atenciones y mis esclavas ya no son suficientes… necesito una esclava de quien goce las atenciones y en quien pueda confiar mis secretos…

Así ordené que fuera buscada una esclava entre los quemnitas, el pueblo cuyos ojos están delineados de rojo, y era hermosa y joven como Viná y su

nombre fue Belué, porque la sierva había nacido cuando la estrella Alta-Belué se encontraba brillando. Y Viná, acompañada por su esclava, continuó durmiendo en la habitación del Este y yo dormía frente a la de mi hija, al Oeste, pero la del Norte ordené dejarla vacía…

Cuando miraba la garganta del desierto desde el trono, una vez, pude ver una como gran columna de polvo acercarse desde la lejanía y se movía muy rápido, hacia los muros de Bantian. Los centinelas alzaron la voz, dieron gritos de alarma y uno de ellos ascendió hasta el trono, se postró ante mí y dijo:

—¡Caballos, Señor y Constructor… un gran ejército se acerca!

La ciudad despertó, los pobladores se movieron y agitaron al pie de la escalinata del Templo y Viná y su sierva subieron hasta mí:

—Está escrito —dije al pueblo congregado ante el Templo—: el hombre se levantará contra el hombre, casa contra casa luchará, pueblo contra pueblo y nación contra nación… esta noche las escrituras caen sobre nuestras cabezas y las piedras sobre las cuales se escribieron se parten a nuestros pies… Ahora, Pueblo de Bantian, es tiempo de la guerra y de enrojecer la noche pues un pueblo extraño viene a traernos la guerra… partamos, pues, a su encuentro, pues aquel que venga en paz a Bantian será recibido en paz pero aquel que venga trayendo las armas con armas será devuelto al desierto. ¡Pueblo de Bantian… hemos de partir a la guerra…!

Y fueron preparados los carros, las templadas espadas, los perros de la guerra fueron soltados y cuando me levanté del trono en lo alto de la explanada este perdió el equilibrio, cayó a un lado y me llené de aprensión, miré a mi hija y la atraje hacia mí, besé su frente, le abracé y lloré porque sabía que todo se consumaba.

—¡Partiremos con dos terceras partes del ejército, formaremos una pared de carne y metal y los arrojaremos a la noche del desierto… pero una tercera parte, a esa, dejaré aquí para defender a la ciudad y a Viná… Reina de Bantian…!

De entre el pueblo surgieron murmullos de alegría pues coroné las sienes de mi hija esa misma noche, mientras los ejércitos de Bantian se movían. Y ceñí las sienes de Viná con las hojas de la acacia empolvadas en oro y sangre de cordero.

Las Puertas de Bantian se abrieron y salí a la cabeza del ejército, hacia el Este, a los vientos que aullaban, levantaban las arenas y desde lejos miré

atrás y he aquí que Bantian resplandecía bajo la luna y una sombra se posó en mi corazón:

—¡Que noche tan aciaga, extraña en realidad, pues he aquí que Bantian no podrá celebrar a su nueva Reina pues también es noche de muerte y matanza! —Suspiré pero el viento de la noche era caliente y olía a cuerpos sudorosos, a miedo, a horror y podían olerse los hombres y los caballos…

Y la Señora de Bantian ordenó que todo soldado que quedara en la ciudad y todo hijo varón nacido de mujer fuera puesto a las puertas y techos de las casas y edificaciones, siendo este el primero de sus mandatos como Reina.

Este es el Libro de la Historia de Viná, Reina de Bantian, mientras su padre, Moulec el Constructor, partía hacia la guerra contra un pueblo desconocido que amenazaba invadir la Ciudad de Ónice y Jade.

Eran diecisiete los años de Viná y no había conocido esposo cuando ascendió al trono de Bantian. Era la hija más querida de Moulec, el Rey Constructor, y él había abdicado para que ella pudiera reinar mientras él defendía las fronteras del reino. Y la reina mandó a llamar a sus hermanos como consejeros y ellos acudieron prontos a su llamado, pues eran como los guardianes de su hermana desde que habían nacido de dos esposas de Moulec.

Y los tres hermanos miraron desde la Explanada del Templo, al Oeste, y vieron una como gran nube de polvo que cubría las colinas, se volvía dorada a la luz de la luna, empezaron a ofrendar sacrificios quemados al Padre de lo Alto y a Ialdabaoth, Eón de Eones en el Pleroma. Las casas de Bantian ofrecieron sus ovejas y un olor a carne quemada se esparció por la ciudad, era el olor de las promesas y por los valles y el aire, el aroma de las ofrendas ascendió hasta el Pleroma.

—¡Que nuestras súplicas lleguen a ti!

—¡Que el Eón de la victoria corone a la Casa de Bantian!

He aquí que el viento sopló sobre la hoguera y las llamas se avivaron, una voz como el trueno y el conjunto de muchas voces se escuchó por doquier y no provenía de ningún lugar sino de todos:

—¡Hijos de Bantian! Toda la Casa de Moulec vivirá para ver las profecías cumplidas… las profecías que se cumplen y están cumpliéndose…

Y aunque cayeron postrados ante la hoguera que era la manifestación de un Eón descendido, uno de los Mensajeros, y se llenaron de regocijo, una

aprensión inundó sus corazones pues no sabían interpretar las profecías.

El viento se dirigió al Este como una gran nube columnar de polvo, y se confundió con los ejércitos en guerra, y con la primera luz del amanecer pudieron ver el brillo de las espadas en el horizonte, las lluvias de flechas y los fragmentos de metal que caían como el rocío en el frío amanecido.

Sucedió que Mabzelá, Rey de la Ciudad de Jodue-le-Parian, al Sur de Bantian, comenzó a decir a su hermana:

—Quede mi ciudad sin la mitad de mi ejército porque he aquí que estoy trayéndolo a defender a Bantian.

Y un mensajero subió la Escalinata del Templo y dijo:

—¡Señores de los Tres Reinos, la mitad del ejército de Jodue-le-Parian se acerca por el Sur!

Y era verdad, pues la nube de polvo que se acercaba era la multitud de guerreros que a las Puertas de Bantian se dividieron, partiendo unos al Este al apoyo del Señor Moulec, pero la otra mitad se apostó en los alrededores de Bantian, la Ciudad de Jade y Ónice.

Y así volvió a hablar Mabzelá:

—¡Quede mi gente sin la mitad del oro del reino y la tercera parte del grano y la cosecha y el ganado, porque yo lo daré a Bantian para sostener a mi hermana!

Y un mensajero subió la Escalinata del Templo y dijo:

—¡Señores de los Tres Reinos, la mitad del oro y la tercera parte de las cosechas y el ganado de Jodue-le-Parian piden se les dé entrada por las Puertas del Sur!

Pero entonces Elá, rey de la ciudad de Zama-Betuel, la ciudad de oro y plata al Norte de Bantian, al ver y escuchar esto, comenzó a decir a su hermana:

—¡Quede en verdad Zama-Betuel sin sus mejores generales porque he aquí que les he mandado llamar!

Y un mensajero subió la Escalinata del Templo y dijo:

—Hijos de Moulec, Hacedores y Señores de Ciudades, un grupo de estrategas pide entrar a Bantian en nombre de Elá de Zama-Betuel por las Puertas del Norte!

Y los hijos de Moulec se postraron ante la hoguera para dar gracias por la claridad de pensamiento.

Pero no sabían que ellos estaban cumpliendo las profecías.

Entonces una voz surgió de las llamas y escucharon:

—¡Cuídense del Dragón, porque la guerra no será librada sin el derramamiento de sangre de la Casa de Bantian!

Esta vez tampoco entendieron las palabras. Cuando la hoguera hubo disminuido, Elá y Mabzelá empezaron a decirle a su hermana:

—¡Venga hermana, somos tus guardianes y nos ponemos a tu disposición!

Mabzelá ordenó repartir el trigo entre el pueblo, llenó las arcas de oro para prever los tiempos que pudieran venir, luego salió con Elá y sus generales que aguardaban a las Puertas para dirigir los ejércitos de refuerzo y alcanzar a Moulec, su padre, en la guerra.

Los generales ordenaron a sus fuerzas atacar por el frente, pero habían enviado dos partes a las montañas, a cada flanco, para atacar al enemigo envolviéndolo. Y el pueblo invasor no esperaba esto.

Cuando Moulec creía que El Señor de las Huestes le había olvidado y yacía en el suelo del desierto, cuando un enemigo levantaba la espada para cortar su garganta, escuchó gritar a un soldado:

—¡Los ejércitos… los ejércitos de las Tres Casas se acercan!

La fuerza volvió a sus brazos cansados, giró su cuerpo sobre la arena y la espada enemiga se quebró sobre las rocas. Moulec movió el brazo, alcanzó la espada a su lado, la hoja encontró la carne del invasor y le penetró.

Entonces se levantó, se apoyó sobre la espada clavada en el suelo, como báculo, miró detrás y he aquí que una pared de guerreros se acercaba como la tromba, ante sus caballos los invasores caían aplastados, las espadas se teñían del rojo que fluía y goteaba a chorros sobre una arena de avidez.

Y los hijos se encontraron luchando lado a lado con el padre y sus heridas eran compartidas y sangraron juntos en la garganta del desierto ante las Puertas de Bantian.

Ocurrió que mientras Moulec, sus hijos y sus hombres peleaban en la guerra, Belué, la sierva de Viná, Señora de Bantian, subió la Escalinata de Jade y Ónice y entró a la habitación de la Reina, que, postrada en el lecho, padecía por su padre y hermanos que peleaban la guerra por Bantian. Miró a la esclava y ésta así habló a su Señora:

—¡Oh, Viná, mi Reina y Ama, justa con esta tu sierva, mira cómo la noche ensangrentada me impide dormir…!

Viná se incorporó en el lecho y contestó:

—Belué, más que mi sierva, amiga, hermana… ¿qué te aflige?

—Temo por el futuro de mi Reina —dijo y se postró ante ella—, ¿qué pasaría si Moulec el Justo y sus hijos muriesen en la guerra y el enemigo tomara Bantian y esclavizara a su Señora? ¡En verdad que no habría herederos para reclamar el trono y vengar a las Tres Casas!

Pero Viná habló así:

—¡Ah, tonta Belué, amiga mía! Eres una mujer sin fe… el Señor de la Existencia vela por nosotros esta y todas las noches.

La segunda noche tras la partida de los Señores de las Tres Casas, cuando el polvo levantado por la guerra y el olor de la sangre soplaba con el viento en las calles solitarias de Bantian y alguno de sus habitantes percibía la muerte y lloraba, Belué, la sierva de Viná, subió a la habitación de su Dueña, lloró y dijo:

—¡Oh, mi Ama y Señora!… ¿Qué pasaría si tu dios olvidara a sus siervos y Bantian quedara sin herederos?

Pero el corazón de Viná permanecía firme y así contestó:

—¡Ah, Belué la tentadora que no conoce la fe, así ha dicho el Señor de las Huestes: Yo proveeré y vigilaré tus pasos!

Y sucedió que Belué, preocupada por su Ama a quien mucho amaba, temerosa por el futuro de Bantian, urdió un plan y se dirigió a uno de los Mensajeros Oficiales en estos términos:

—Tú, Lamec, que llevas mensajes de las ciudades a las ciudades y de estas al campo de batalla ¿sabes qué pasaría si la Reina quedara sin heredero y Bantian sin Rey?

El corazón del mensajero se estremeció y dijo:

—¡En verdad creo que la ciudad desaparecería y todos seríamos pasados por las armas!

—Entonces tu pensamiento es como el mío… he cavilado mucho, ¿estarías dispuesto a hacer algo para evitar ese destino?

—Si estuviera en mis manos… sí, creo que lo haría…

—Ve, pues, donde la Reina e infórmale que su padre y sus hermanos han perecido en la batalla, de esta manera ella tendrá coito con un varón para engendrar un heredero que pueda reclamar el Reino aún en el exilio…

He aquí que el mensajero empapó su cuerpo y sus ropas con la sangre de un cordero, rasgó sus vestiduras, se hirió los brazos en señal de duelo, ascendió la Escalinata del Templo, así parecía que volvía de la batalla, en

medio de la noche encontró a la Reina y le dijo:

—¡Tan solo soy un mensajero, mi Señora, pero cuando porto malas noticias pienso en que hubiera sido mejor no haber nacido… por esto, esta noche el alma se me ha partido pues en el desierto los Tres Varones de Bantian han muerto!

La Reina se levantó con la mirada fija en la garganta del desierto, el trono perdió el equilibrio, cayó sobre cada escalón de la escalinata de ónice, haciéndose pedazos, ella caminó lentamente hacia la hoguera, sus ojos se perdieron en la lejanía atrozmente silenciosa y se postró entonces ante las llamas. Ella rasgó sus ropas, se hirió los brazos con una daga en señal de duelo y lloró en silencio:

—Oh, Señor de la Existencia que das y así también arrebatas… bendito sea tu nombre y tus actos…

Y Belué, que había subido en silencio hasta la explanada del Templo comenzó a decirle, por tercera vez, a su Señora:

—¡Oh, mi Ama y Reina, no podría decirte esto en tal hora aciaga si no fuera porque las Tres Casas viven este gran peligro: es hora de que tu cuerpo conozca varón y des a tu Pueblo un heredero porque es probable que el enemigo tome las Ciudades!

Ante esto Viná le miró y asintió en silencio.

He aquí que la Reina convocó ante la escalinata del Templo a todo hombre cuya edad fuera igual a la suya y también supiese de las armas, de los secretos de la construcción y supiera ofrendar al Señor de la Existencia. Cuando hubo escogido a uno de muchos le hizo subir a la Explanada del Templo y entró a la habitación del Norte. El Pueblo de Bantian celebró los esponsales sagrados, bailando, bebiendo, comiendo y cometiendo toda clase de excesos, pues decían:

—Bantian será tomada y las Tres Ciudades caerán… por esto bebemos, comemos y fornicamos… porque no habrá un mañana y tendremos que huir al pecho del desierto donde habita el Demonio del Mediodía y Lilith hace presa de los incautos…

Tres días comieron, bebieron, cometieron fornicación y adulterio, y tres días con sus noches Viná durmió con su esposo en la habitación del Norte. La noche del cuarto día la Reina y su esposo partieron de Bantian, llevaban consigo a Belué y un grupo de soldados les custodiaba. Partieron. Los defensores cerraron las Puertas tras ellos. Con eco se cerraron. Era un sonido nefasto, la Reina volteó sobre su cabalgadura, vio cerrarse las puertas y lloró en silencio. Buscaban las cuevas en el desierto pero en

Bantian ella dejó a sus generales, las provisiones, y en la Explanada del Templo, en un trono improvisado, se sentó su madre quien sacrificaría su vida para defender la ciudad.

Pero aconteció que Moulec y Elá y Mabzelá, Señores de las Tres Ciudades, no habían muerto y lo que Belué, sierva de Viná, había urdido, era mentira y ellos llegaron de noche hasta las colinas cercanas a las Puertas y las murallas:

—Elá, hijo mío, envía un mensajero a Bantian para que anuncie la victoria y se prepare una gran fiesta en honor de Aquel que Otorga y Arrebata…

Un caballo con un mensajero como jinete se acercó a las murallas de Bantian, se detuvo ante las Puertas abiertas y en la ciudad reinaba el silencio y el polvo agitado por el viento. El mensajero cabalgó lentamente por las calles pero solo algún perro que se escondía o algún mendigo leproso que se apartaba parecían ser los habitantes de Bantian, la Ciudad que Resplandecía en el Desierto.

El jinete vio a un leproso que yacía sentado ante el brocal de un pozo y se acercó, el mendigo no levantó la vista y el mensajero le dijo, sin apearse:

—Dime, anciano, ¿por qué está Bantian en silencio y no parece haber nadie en las casas y en las calles?

El mendigo levantó el rostro un poco, pero no tenía nariz, solo un ojo nublado miró sin ver y esto fue lo que le dijo:

—Extranjero… ¿qué buscas en esta ciudad de muertos? Mira que Abadón ha visitado esta Ciudad y se ha llevado las vidas y las esperanzas… muchos han escapado al pecho del desierto… pero ahí está Lilith y preferí esperarlo aquí mismo… ¿o acaso eres, tú mismo, ese Ángel Exterminador?

—¿Muertos?… Pero ¿cómo es que la Ciudad ha muerto si el enemigo ha sido reducido a cenizas?

—¡No, no, el enemigo ha ganado y los Señores de las Tres Ciudades han muerto… eso ha dicho el mensajero…!

El enviado comprendió que algo equivocado había sido interpretado como cierto y se dirigió cabalgando velozmente al Templo. Se detuvo ante la Explanada, pudo ver sangre fluyendo por las escalinatas, el trono hecho pedazos, subió lentamente, horrorizado y encontró a Venán, esposa de Moulec, Rey y Constructor, y ella estaba ofreciendo sacrificios quemados, llorando y la Explanada estaba empapada en la sangre y así le dijo a ella:

—¡Venán!… ¡Venán, Señora de Bantian! ¿Qué es lo que haces que no has salido a recibir a los Señores que, victoriosos, ahora vuelven? ¿Cuál es la razón de tu llanto? ¿Por qué llevas los brazos heridos en señal de duelo?

—¡Cruel eres en verdad, mensajero! ¿Por qué engañas a esta mujer con esas palabras? ¿A qué has venido ante un trono destrozado y sin Reina… a atormentar a su madre sola?

—¡Tu Esposo y Señor se acerca y pide pasar!

—¿Es esto verdad? ¿Mis Señores viven?

Ella se levantó, se acercó al borde de la Explanada y miró que el ejército de Bantian y de las Tres Ciudades volvía victorioso. Clavada en la punta de una lanza llevaba un hombre, que seguía al estandarte, la cabeza de un enemigo que debía ser la del rey invasor. De esta manera ella se llenó de alegría, comenzó a descender la Escalinata de Ónice, pero esta se encontraba empapada por la sangre de las ofrendas y resbaló.

Abajo cayó Venán. A través de todos los escalones.

Y su cuerpo se detuvo donde comenzaba la escalinata del Templo y así la encontró Moulec, empapada en sangre y en agonía, pues sus huesos se habían roto, él se arrodilló a su lado, posó su cabeza en su regazo y le besó la frente. Y Venán, esposa de Moulec, Señor de Bantian, dijo:

—Eres mi Esposo… mi Señor que en verdad vive… ¡Te pido perdón por creer en las palabras falsas que anunciaban tu muerte, mi Rey!… Mi Señor… Viná, nuestra hija, escapa por el Oeste al desierto, busca la protección de las cuevas, cual la vuelta al útero de una madre se tratara… manda por ella… manda por ella, pues el frío está llegando como llega la noche… Tengo frío, mi amado, abrázame…

Pero Moulec abrazó a su Señora cuando ella había cerrado ya los ojos. Así murió Venán, él le lloró en silencio, ordenó que fueran por su hija y buscaran a los que habían traicionado las Tres Casas.

Y Moulec dejó el cuerpo de su esposa al cuidado de sus hijos y ascendió a la Explanada del Templo, vio la sangre, la cortina de la Habitación del Norte rasgada, las telas del lecho deshechas, manchadas por un acto de sexo y se estremeció de horror. Ante la Hoguera que aún ardía cayó Moulec y levantó los brazos al cielo donde las nubes desgarradas se agitaban.

—¡Señor de las Huestes… no me ocultes la verdad!

Y yo, Moulec de Bantian, levanté los brazos al cielo y mis manos, como

garras, mi corazón lleno de horror, mis ojos como brasas, caí sobre el suelo. El sonido del trueno se oyó, el rayo cayó sobre la faz del desierto, levanté la cabeza, miré a lo lejos, me incorporé después y me acerqué al borde de la Explanada.

Vi el pecho del desierto, vi el campo de batalla y, sobre este, los millares de cadáveres retorcidos, las espadas rotas y las lanzas clavadas, los carros volcados, las cabalgaduras abiertas en canal y desmembradas y la tierra que bebía la sangre que fluía como el agua en los cauces de los ríos. Un murmullo de dolor y quejidos recorría el campo de batalla. Y yo empecé a cantar, inspirado por el dolor y la compasión:

"¡El desierto parece dos veces desierto,

Pues sobre su pecho han muerto miles…!"

Entonces la tierra se abrió, tembló, algunos muros de Bantian se agrietaron y cayeron en pedazos. Pero he aquí que en medio de esta desolación y temblores de tierra pude ver a un hombre calzado con sandalias limpias, vestido con ropas blanquísimas, cuyo rostro no podía verse pues su cabeza estaba cubierta con parte de la tela con la cual vestía, y caminaba en medio de los cuerpos en el campo de batalla pero parecía no mancharse con la inmundicia, la sangre y los excrementos.

Cerré los ojos en un parpadeo y el hombre había caminado la distancia que ningún hombre podía haber caminado hasta las Puertas de la Ciudad en tan breve tiempo y empecé a comprender, pues he aquí que Él había salvado la gran distancia como si el tiempo se hubiera detenido.

Y de pronto estaba subiendo por las Escalinatas de Ónice. Hasta mí ascendía, me llené de horror, miré hacia la Habitación del Norte, sus cortinas rasgadas y el lecho mancillado. Y Él subía las Escalinatas de Ónice, a su paso las antorchas reverberaban con una luz vacilante y la tierra no cesaba de temblar. Entonces comencé a descender hasta alcanzarle, me encontré a su lado y comencé a decirle:

—¡Mensajero del Pleroma, no asciendas más, pasa de largo… no somos dignos de esta tu visita, las cortinas de la Habitación que te había sido preparada están desgarradas y mancillado está el lecho…!

Pero Él parecía no escucharme, mientras tanto seguía subiendo, yo subía con él y a cada escalón que ascendía le decía:

—¡No somos dignos de tu visita!

Yo tenía que subir a su lado y entre mis manos apretaba mis vestiduras pues quería rasgarlas para demostrarle que el Templo había sido mancillado. Pero Él seguía subiendo… así continuó subiendo hasta que nos encontramos en la Explanada del Templo, corrí hasta la Hoguera y caí postrado ante las llamas. En ese momento sentí que alguien me tocaba el hombro, la tierra cesó de temblar, alguien estaba posando su mano sobre mí y ayudándome a levantarme.

—Moulec —dijo Él—, mira que en verdad necesito descansar pues larga ha sido la jornada y el trabajo en el desierto… largo el viaje y muchos los convocados al caer…

—¿Qué me pides, Señor, que yo pueda hacer por ti?

—Que me des alojamiento por esta noche en la Habitación del Norte…

Entonces las palabras murieron en mis labios. El silencio pareció acrecentarse por un instante, pero el viento sopló de repente y los gemidos de agonía del campo de batalla no cesaron pues parecieron aumentar cuando el viento los trajo hasta mí.

—Mi Señor, nada puedo yo ocultarte pues el Señor de la Existencia conoce mis riñones y mi hígado… no puedo, entonces, mentir ante el fallo grave en el que hemos incurrido, pues no hemos sabido preservar la Habitación del Norte…, no la tomes para dormir, pues otros la han tomado ya…

—Grande será el perdón para los arrepentidos… las profecías se han cumplido… el Pleroma está satisfecho… ¿no ves acaso que has demostrado entereza a pesar de los errores? Dame una Habitación esta noche, esta noche en la cual la tierra clama y Bantian yace en silencio como una herida sagrada abierta en la garganta del desierto… como una mujer fértil que sangra… tal es el secreto de Bantian.

Bajé la mirada y esto dije:

—Sí, mi Señor…

Él pasó de largo, a un lado de la hoguera y antes de entrar a la Habitación del Norte me atreví a preguntarle:

—¿Cuál es tu nombre para que podamos recordarlo y ofrecerte ofrendas en nombre del Padre de lo Alto?

Él, deteniéndose, girando un poco el rostro pero sin voltear, dijo:

—Abadón.

Y corriendo las cortinas tras de sí entró a la Habitación del Norte.

Este es el Libro de las Noches de Bantian. Así finaliza. En esa noche en la cual Viná, Elá y Mabzelá, y Belué, sierva de Viná y por quien había acontecido la tragedia y el mensajero que había mentido por ella, comenzaron a ascender la Escalinata de Ónice.

Llegaron hasta mí, Moulec de Bantian y en las calles vi la multitud que regresaba desde el desierto y se detenían ante la Escalinata del Templo. Y abracé a mi hija y a mis hijos y posé mi mano sobre la cabeza de la sierva que se había postrado ante mí, bañada en llanto y arrepentida:

—Todo lo perdona el Padre de lo Alto… ¿por qué no yo que soy su siervo?

Sucedió que amaneció un día radiante y el pueblo se dispuso a sepultar a los muertos propios y ajenos, a reconstruir las partes dañadas por los temblores de tierra de toda la Ciudad. Todas las Casas se dispusieron a estas tareas y aún yo mismo, Moulec de Bantian, ayudé en la reconstrucción.

Y Queriá, madre de los Varones de las Casas surgidas de Bantian, comenzó a señalarme y a decirme:

—Mira, mi Señor… esas figuras vestidas de blanco que se mueven a lo largo del desierto sembrado de cadáveres… parece que no se fatigan… y ayudan en la recogida de los muertos sin mancillar siquiera sus ropas…

Y exclamé al verles moviéndose en silencio entre los muertos y los animales destrozados:

—En verdad la Presencia está aquí…


Ilustración: Duende

El pueblo les miraba y trabajaba a su lado, temeroso, pero encendiendo los ánimos. Así, por la noche, en la Explanada del Templo, la Familia de Bantian y sus Casas miraron hacia el desierto, la noche era cerrada y había estrellas en el firmamento. Pero entonces comenzaron a descender, provenientes de entre las estrellas, cientos de columnas de luz y eran estas columnas como estelas que no se apagaban hasta alcanzar las colinas y las

montañas.

Así en el aire se podía percibir una sensación extraña que se sentía también en la piel y provocaba estremecimientos continuos. Y los vellos de la piel se erizaban.

—¿Qué sucede, mi Señor? —Y Viná me abrazó—. ¿Se cae el cielo?

—Los Hijos del Pleroma se han fijado en las Hijas de los Hombres y ahora se les ha dado el poder de descender y tomarlas… Ellos habitarán la Tierra y se cubrirán de fama… por su causa la Gran Inundación vendrá sobre la Tierra… Pero tu hijo, Viná de Bantian, será el principio de la estirpe de la Nueva Humanidad, porque a través de Bantian se cumplen las Promesas.

—Ahora sabemos que esta no es una noche común, pues a través de Moulec el Pleroma ha hablado —dijo Viná, Señora y Reina.

Los Señores de las Tres Casas permanecieron en la Explanada del Templo y contemplaron cómo el Pleroma arrojaba a los Caídos y, en cuanto tocaban tierra, se transformaban en hombres y se confundían con las multitudes…

NOTA

[1] De ahora en adelante transcribo con mayúsculas los diversos nombres que el autor da al templo y a sus diversas partes. Al parecer, por tratarse de un lugar sagrado, las diferentes zonas de su arquitectura, reciben el trato de nombres propios.**[VOLVER]**

Pé de J. Pauner es un narrador, ensayista, crítico de cine y biólogo mexicano que ha hecho activismo y performance. Ha publicado novela erótica y ha sido antalogado en latinoamérica, Australia y España. En el género de la Ciencia Ficción ha publicado el ensayo “Las cinco grandes utopías del Siglo XX” en la web española Alfa Eridiani.

Hemos publicado en Axxón, además de varias ficciones breves: EL OTRO MESÍAS, EL HOMBRE EQUIVOCADO y EL UMBRAL EN LA PLAYA.

Axxón 234 - septiembre de 2012

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Fantasía : Religión : Mitos : México : Mexicano).

Costumbre

Jorge Lineya

**COLOMBIA**

A mi querida Clara Diana Lavalle


Ilustración: Hernán Costa

El hombre tirado a lo ancho era un obstáculo a salvar sobre el andén. Las colegialas que pasaban a esa hora de la mañana prefirieron saltar el cuerpo a la altura de sus caderas y no por encima de la cabeza donde se hacía más fácil (la desconfianza por ese par de ojos abiertos que parecían lo suficientemente vivos para ojear sin pudor bajo sus faldas de escocesas las hizo titubear). Al extremo opuesto se había formado un espeso y largo charco de sangre que podía enlodarles los zapatos recién lustrados y limpios.

El hombrecito elegante de gafas que llegó después, en cambio, lo sorteó con una cautelosa zancada como si temiera molestar el sueño de un durmiente y no el de un difunto, y se ubicó de frente, hacia los pies, balanceó la cabeza con maña de un lado a otro, buscando quizás una perspectiva reveladora: hizo cara de incertidumbre. Levantó escasamente los anteojos sobre su nariz, achinó los ojos, se inclinó como un guale hacia el cadáver y negó convencido con un "no" rotundo, que se le oyó como un dictamen definitivo. Luego se devolvió por donde había venido hasta la orilla de la calzada, levantó la mano como quien saluda en la lejanía y vociferó para el otro lado:

—¡No, no es!

La muchacha con una recua de párvulos que lo esperaba ansiosa sobre la

acera le dio las gracias sin gritar, volvió la espalda y se extravió con su cola por la bocacalle, mientras el fulano miraba el reloj de su muñeca y le levantaba la mano a un taxi que se detuvo a su señal y se lo llevó rápido.

La señora del camisón que venía de la tahona con una bolsa de leche y otra de pan para el tempranero desayuno se hincó ante el cadáver, puso sus paquetes al lado y empezó a buscar algo en los bolsillos de la chaqueta, luego sacó, junto con la billetera, un juego de llaves, se limpió la sangre de las manos en la ropa del muerto y se incorporó de nuevo. En seguida buscó la puerta de la casa que estaba a sus espaldas, metió las llaves en la cerradura y abrió fácilmente:

—Estas funcionan mejor que las mías —dijo satisfecha, antes de entrar—. Me toca conseguir nuevo inquilino. ¡Carajo! —refunfuñó, mientras cerraba la puerta—. Otro que se fue para el país de los acostados y me quedó debiendo el último mes de renta, lo que le dejaron en lo bolsillos no cubre ni una semana. No la consideran a una estos asesinos.

Los basureros del carro municipal de la recolección que hacían su ronda de limpieza levantaron el cadáver con la desidia con que se recoge un bulto y lo echaron en la parte trasera junto con los deshechos del día:

—En este barrio ya se hizo costumbre levantar uno de estos en cada recogida —comentó uno de los hombres mientras se encaramaba en el estribo trasero del camión.

—Debieran darnos por lo menos bolsas especiales para estos casos —dijo el otro.

El rítmico tañido de la campana del furgón de la basura empezó a llenar la mañana de un sonido metálico y apremiante que invitaba a los vecinos a sacar sus desperdicios mientras cruzaba lentamente, adentrándose hacia el fondo de la vía.

Jorge Lineya es autor de una novela y varias obras inéditas de narrativa y de poesía. Nació en Santiago de Cali, Colombia, el 20 de septiembre de 1964. Participó en algunos concursos en España vía Internet en 2004. Tiene formación universitaria en Ciencias Jurídicas ya que estudió en su país Derecho y Ciencias Políticas, carrera que no concluyó debido a una calamidad personal que lo obligó a retirarse. Es padre de tres hijas.

Hemos publicado en Axxón sus cuentos breves GRAFFITI, LA ORDEN, EL MINOTAURO, EL REBELDE, GATO y NÉMESIS

Axxón 234 - septiembre de 2012

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos: Fantástico : Realismo conjetural : Crítica social : Colombia : Colombiano).

Clotilde

Fernando José Cots

**ARGENTINA**

—¡Florecilla! ¡Florecilla! ¿Dónde estás, Florecilla? ¿Ha visto usted a mi Florecilla? ¡La he perdido!

Esa frase, pronunciada en tono de niña ingenua, no podía esperarla de ninguna niña de cinco años, salvo que fuese la tristísima excepción de una opresiva crianza.

Menos aún podía esperarla de quien realmente la pronunciaba: Un hombre cuyo documento declaraba ochenta y tres años, pero a quien con suerte se le podían dar sesenta; con un cuerpo enorme y musculoso que apenas cabía en la más grande cama que teníamos en la clínica.

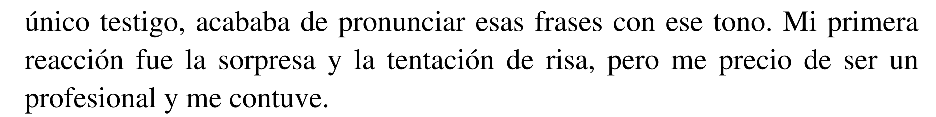


Ilustración: Tut

Este hombre, pese a su edad, trabajaba en el taller mecánico con sus hijos. Taller de su propiedad, sumamente próspero. Precisamente estaba allí, en esa cama, tras haber sufrido sobre su espalda la caída de un motor. Fisura de cráneo, cervicales resentidas, brazo izquierdo fracturado más algunas costillas del mismo lado… único resultado de algo que habría dejado a cualquier otro convertido en un despojo de carne triturada.

Él no. Él sólo había quedado inconsciente y yo, como su médico, bien sabía la ingente cantidad de yeso, vendas y refuerzos que había requerido asegurar ese corpachón para que su excelente salud hiciera el resto.

Y ahora que despertaba, tras tres días de inconsciencia y conmigo como


único testigo, acababa de pronunciar esas frases con ese tono. Mi primera reacción fue la sorpresa y la tentación de risa, pero me precio de ser un profesional y me contuve.

—Perdón… ¿Qué dijo?

—¡Florecilla! ¡Mi potranca! ¡Estábamos de paseo y…!

El hombre miró en derredor con extrañeza, luego volvió a mirarme.

—¿Dónde estoy?

—En mi clínica. Soy el doctor Sebastián Oviedo, su médico. Usted tuvo un accidente muy serio.

—¿Qué?

—Dije serio, no grave. Le puedo asegurar que se pondrá bien, sólo que deberá quedarse un tiempo aquí.

—Debo haber caído de Florecilla cuando galopábamos…

Quedó un instante pensativo, luego sus ojos se llenaron de lágrimas y nunca vi una expresión más triste y de desamparo, menos aún en un hombre así.

—No… no fue Florecilla.

Mi curiosidad iba en aumento.

—Florecilla quedó en la estancia, con don Hilario. Él seguro la estará cuidando bien. No… esto lo hizo la hermana Rosa.

—¿Quién?

—La hermana Rosa. Ella siempre dice que no debo llorar por el… por el fruto del pecado. Me castiga siempre… pero no puedo evitarlo. Mi chiquito… ¡No me dejaron ni verlo!

Y se largó a llorar con un desconsuelo absoluto. Yo estaba desconcertado. Ese hombre no fingía. No tenía por qué fingir ese tono entre femenino e infantil. No tenía por qué decir lo que decía, pero mi compasión pudo más y me acerqué a tomarle la mano sin yeso, que estaba asegurada para evitar que un movimiento involuntario aventase la cánula de suero.

—¡Cálmese! ¡Cálmese por favor! ¡Aquí no hay ninguna hermana Rosa! ¡Aquí nadie lo… nadie le dará un castigo! ¡Eso se acabó, para siempre! ¡Aquí tiene un amigo que le dará protección!

Pareció calmarse un poco. Me miró con pena.

—Doctor… doctor Oviedo. ¿Me puede prometer eso?

—Se lo juro.

—¿Cree usted que…?

—Diga.

—¿Cree usted que podría encontrar a mi chiquito? ¿Verlo aunque sea una vez? ¡Ya han pasado dos años!

Pensé bien lo que diría.

—¿Cómo se llama su niño?

—No lo sé… yo pensaba ponerle Juan si era varón… Ana si era nena… pero no me dejaron verlo siquiera.

Y volvió a lagrimear.

—Está bien. Veré qué puedo hacer. Dígame su nombre, por favor.

—¿No se lo dijeron? Me llamo Clotilde Améndola.

—¿Su fecha de nacimiento?

—Veintidós de diciembre de mil novecientos catorce.

Fingí hacer con dificultad cálculos mentales.

—Lo que quiere decir… que hoy tiene… hoy tiene…

Me miró con cierto fastidio.

—Diecisiete años. No es tan difícil.

Entonces la mencionada Clotilde "vivía" mentalmente en mil novecientos treinta y uno. Ya tenía algunas pistas… porque dentro de mi cabeza comenzaban a formarse ideas que no me atrevía a expresar en voz alta.

—Gracias —le respondí—. Los números siempre han sido algo difíciles para mí. Ahora le confieso que yo lo… yo la atendí aquí en la clínica, no sé de dónde la trajeron. ¿Puede decirme dónde estaba antes?

—En el convento.

—¿Cuál convento?

—¡El de San Cipriano! ¿Cuál otro podría ser?

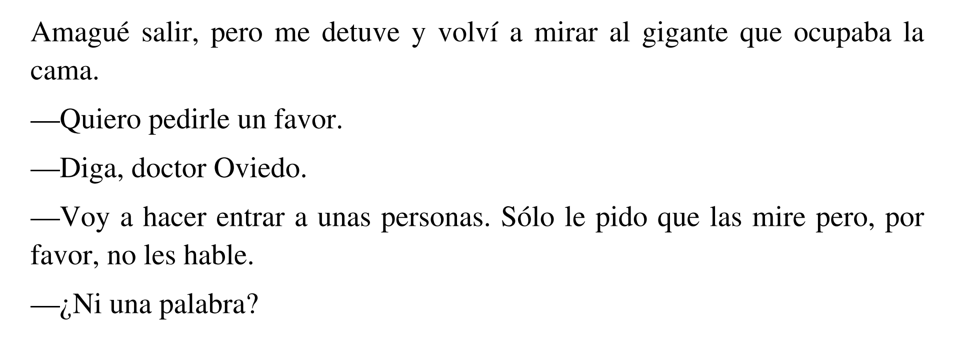
—Está bien. ¿Qué es lo último que recuerda, antes de despertar aquí?

—Estaba en mi celda. Me costaba respirar… la hermana Rosa me había castigado mucho. No podía parar de llorar, luego…

Se detuvo un instante.

—Luego… no sé. Me dejó de doler, creí estar montada en Florecilla y… y no recuerdo más hasta que abrí los ojos y lo vi a usted. Ahora me duele un poco, pero menos.

—Está bien… Clotilde. Voy a hacer lo posible por cumplir su deseo. Usted, por favor, debe descansar hasta que se cure.



Amagué salir, pero me detuve y volví a mirar al gigante que ocupaba la cama.

—Quiero pedirle un favor.

—Diga, doctor Oviedo.

—Voy a hacer entrar a unas personas. Sólo le pido que las mire pero, por favor, no les hable.

—¿Ni una palabra?

—Nada.

—Se lo prometo.

Apenas salí de la habitación, tres moles se elevaron de sus asientos y se acercaron a mí con rostros preocupados.

—¿Y, doctor? ¿Cómo está el viejo?

Eran los tres hijos de mi paciente, tan enormes y corpulentos como él. Y con rostros tan parecidos a él que hacían ociosa cualquier prueba de paternidad.

—Su padre está delicado, pero estable. El pronóstico es bueno… sólo hay que esperar que suelden los huesos.

—Bueno… si cuando se quebró el pie volvió a los quince días… —calculó el hijo del medio.

—¡No seas bestia! —exclamó el más joven—. ¡Ahora se le cayó un motor encima! ¡Tenemos que esperar por lo menos dos meses!

Hice un esfuerzo para no reírme. La situación era grave, pero el poder de recuperación de este hombre parecía ser asombroso. Me controlé.

—Pero eso no es todo.

Me miraron preocupados.

—Su padre… se golpeó la cabeza. Recién recupera la conciencia, pero no… no parece recordar quién es.

No quería mentir, pero no podía explicarles a estos hombres buenos, pero simples, algo que yo mismo no entendía. Ellos, por su parte, se miraron entre sí angustiados.

—Por eso quiero hacerlos pasar de a uno. Quiero ver hasta dónde puede reconocerlos. ¿Puede ser?

Los más jóvenes miraron al mayor, éste sólo asintió y me enfrentó.

—Cuando quiera, doctor.

Volví a entrar en la habitación.

—Aquí está una de las personas que quise que viera.

El hijo mayor entró y, de inmediato, la cara del viejo fue terror vivo. Comenzó a temblar todo aquello que no tenía inmovilizado al tiempo que no hablaba más por el espanto que por la promesa que me había hecho.

—¡Váyase! ¡Váyase enseguida! —casi le grité al hombre, quien se retiró rápido con la mayor pena posible en el rostro. Cerré la puerta casi con fuerza y encaré a mi paciente, que ahora lloraba mientras me miraba con reproche.

—¿Por qué lo hizo? —me preguntó.

—¿Por qué hice qué?

—¡Traer a ese monstruo! ¡El que me lastimó!

Me acerqué a la cama.

—¿De qué está hablando? ¿Él la lastimó? ¿Cómo?

Recién me di cuenta que me dirigía a mi paciente como a una mujer. Presté atención.

—¡Me lastimó! ¡Allí… abajo! ¡Me hizo doler mucho!

Comenzaba a entender… pero algo de mí no quería entender.

—Dicen… —continuó con gemidos—… que por él… tuve a mi chiquito. No entiendo… no sé… pero me hizo doler.

—Escuche, Clotilde. Si lo hice pasar… fue porque no sabía quién era. Dijo que la conocía. Pero no se preocupe. Ahora lo voy a hacer detener por la policía y no lo verá más.

—¿De verdad?

—Se lo prometo.

Hizo un puchero que en una jovencita habría quedado encantador, pero que en ese anciano curtido y corpulento resultaba grotesco.

—Le pido ahora que descanse, póngase bien. Vendrá una enfermera a cuidarla pero… le pediría que tampoco le hable a ella.

—¿Por qué?

—Para que se cure más rápido, es preferible que hable sólo conmigo… y cuando estemos solos. Le aseguro que es importante.

—Será como usted diga, doctor —dijo tras una pausa.

Una vez fuera me encontré de nuevo con los gigantes angustiados.

—¡Doctor! ¿Qué fue eso?

—Por el momento, sólo puedo decirles que su padre ha perdido la memoria.

La angustia se reflejó en sus rostros.

—Por otra parte, es preferible que no lo vean. Se asustó con usted… y ustedes son demasiado parecidos. Tengo que averiguar más antes de dejar pasar a cualquiera, por más familia que sea.

Hice una pausa.

—Díganme. ¿El nombre de Clotilde Améndola les dice algo?

El desconcierto fue igual en los tres rostros, pero fue el mayor quien respondió.

—No… no conocemos a nadie con ese nombre. ¿Por qué?

—Su padre… lo pronunció.

—Habrá sido una novia que tuvo —dijo el del medio.

—Antes de casarse con mamá —acotó, serio, el más joven.

—¿Su madre podría saberlo?

—Mamá murió hace cuatro años…

—Y medio… —acotó el más joven.

—¿No hay nadie de la edad de su padre que pudiera saberlo?

Hicieron un gesto negativo.

—¿No saben si en la familia había antecedentes de… enfermedades mentales? ¡Es sólo una pregunta!

Una sombra de incomodidad pasó por los tres rostros, pero no por los motivos que yo esperaba.

—Papá era adoptado —informó el del medio.

—Nuestros abuelos sólo lo eran de corazón, pero no eran en realidad nuestros abuelos —agregó el más joven.

Quedé pensativo un momento, luego los encaré.

—Escuchen, no puedo explicarles por qué, pero necesito saber al menos dónde vivían sus abuelos antes de adoptar a su padre.

—¡Acá, a dos cuadras! ¡El taller ya era del abuelo!

—Otra cosa más. No ustedes, pero… ¿hay algún otro miembro de la familia que su padre quiera mucho, más que a otros?

Los dos más jóvenes miraron al mayor, quien sonrió con tristeza.

—Tati.

—¿Quién?

—Tati, mi nieta. Soy el primero y hasta ahora el único que es abuelo. Mi

nieta tiene diez años y… bueno, que no le toquen a su “Bisi”. Así llama ella a mi padre, por bisabuelo. Si ella le pide que se tire de un quinto piso, mi padre se tira sin pensarlo dos veces.

Para mis adentros pensé que, tras la caída del quinto piso, el viejo se sacudiría la tierra y volvería a babearse con su bisnieta.

—¿Puede hacer que ella venga esta tarde?

—Le digo a mi nuera. La traerá después del colegio.

—¿Hola?

—Por favor… Con el señor Pablo March.

—¿De parte de quién?

—El doctor Sebastián Oviedo.

—¡Cuñado querido! Disculpame, pensé que sería un plomazo que me jode cada tanto.

—¿Qué te pasó en la voz?

—Me pasé con el whisky, nada grave. ¿Pasa algo?

—Escuchame, necesito que me hagás un favor, que averigüés algunas cosas en los archivos del diario.

—Cantá que tomo nota.

—Necesito todo lo que tengas sobre Clotilde Améndola, nacida en mil novecientos catorce, presuntamente muerta en mil novecientos treinta y uno. Todo lo que puedas.

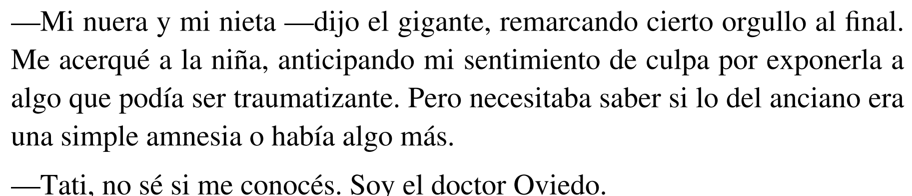
—Raro tu pedido. ¿Algo más?

—Sí, el convento de San Cipriano. Si existe o existió una vez, acá en la ciudad, dónde estaba o está todavía… todo eso. ¡Ah! Y si entre las monjas había una hermana Rosa.

—Bueno, aguantame hasta la noche. ¿Podés?

—Sí, tiempo tengo.

Sólo había quedado el hijo mayor en la sala de espera. Los otros habían vuelto al taller. A su lado había una mujer joven y una encantadora niña de unos diez años con la mirada triste.



—Mi nuera y mi nieta —dijo el gigante, remarcando cierto orgullo al final. Me acerqué a la niña, anticipando mi sentimiento de culpa por exponerla a algo que podía ser traumatizante. Pero necesitaba saber si lo del anciano era una simple amnesia o había algo más.

—Tati, no sé si me conocés. Soy el doctor Oviedo.

—Sí, el que está curando al "Bisi".

—Así es.

—¿Cómo está?

—Mejorando, pero todavía necesita curarse. Para eso te necesito a vos.

—¡Lo que sea, doctor! ¡Si necesita sangre…!

—No, mi amor. Nada de eso. Sólo quiero que entres a verlo… pero que no le hables. Quiero que él te vea, nada más.

Recordé en ese momento que el viejo tenía cabeza, cuello y medio tórax enyesado. La imagen podía desagradarle a esa criatura, acostumbrada a ver a su "Bisi" en otras circunstancias. Pero ya no podía echarme atrás.

—Bien, doctor.

—Ya sabés, no le hables.

Entramos ambos. Mi atención estaba puesta en el anciano, para ver si alguien tan querido reavivaba su verdadera identidad. No obstante, el anciano miró a Tati con algo de curiosidad, pero nada más.

—¡Bisi! —dijo Tati en un gemido, rompiendo su promesa. Me fijé y vi que lloraba.

—Está bien, mi amor. Ya me ayudaste. Volvé con tu mamá.

Y, prácticamente, la empujé afuera. Miré al anciano con severidad pues, si por algún motivo fingía, estaba siendo cruel con el ser que más quería en el mundo. Pero nada de eso sorprendí en su mirada.

—Hermosa niña. ¿Es gitana? —preguntó con su voz feminoide.

—¿Gitana?

—Por toda esa ropa colorida. Así visten los gitanos. ¿O no?

—No… Clotilde. No es gitana.

Me acordé de golpe que había una enfermera en la habitación. Miraba tanto al anciano como a mí con desconcierto.

—Déjenos solos, por favor. Y de esto, ni una palabra a nadie.

La enfermera asintió y se retiró sin dejar de mirarnos como a locos. Una vez que estuvimos solos, miré severo a mi paciente.

—Recuerde, no debe hablar ante otras personas.

—Perdón, me olvidé.

—No importa. Dígame. ¿Vio bien a la niña?

—¡Sí, claro!

—¿No la reconoce?

—No… si iba a mi colegio, debe haber ido a los grados más bajos. Es más pequeña que yo.

—Ni se imagina cuánto. Está bien, Clotilde. Creo saber dónde está su chiquito.

—¿De veras? —exclamó con una sonrisa luminosa.

—Creo, no le puedo dar certezas. Le pido que me espere hasta mañana, yo volveré aquí y le contaré lo que haya averiguado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, doctor.

—Ahora descanse. Y recuerde, no hable con nadie. Ni con las enfermeras.

Mi cuñado se autoinvitó a cenar. Mientras mi mujer preparaba la comida, nos pusimos a conversar.

—Gracias a Dios que digitalizaron todo el archivo y lo hicieron microfilm. Tengo lo que me pediste, pero algunos de tus datos están errados.

—Decime.

—Hubo una familia Améndola, tenían campos pero los vendieron. Estaban al norte de la ciudad. Ahora ahí hay un barrio privado.

—Ajá. ¿Tenían una hija llamada Clotilde?

—Sí, pero ahí está el error. Clotilde era la hija mayor, nació en mil novecientos catorce, pero no murió en mil novecientos treinta y uno.

—¿No?

—No, partió en mil novecientos veintiocho de viaje con sus padres. Fueron a Europa, allá conoció a un conde y se casaron.

—¿Qué? ¿Con catorce años?

—Era la costumbre, entonces.

—¿Sabés qué le pasó?

—Vivían en Francia, pero cuando empezó la guerra se fueron a Londres. Los padres se habían vuelto solos a Argentina casi enseguida y siempre

recibían cartas de ellos. Publicaban los datos principales en “Sociales”, después la necrológica. Murieron durante un bombardeo alemán. De ahí tengo la información.

—Escuchame. Ya para esa época el diario imprimía fotos. ¿No encontraste una foto del casamiento?

Mi cuñado quedó pensativo un instante.

—No, la verdad que no. Sólo notas escritas.

—O sea que partieron cuando ella tenía catorce años… y no volvió más.

—No, no volvió más. Ni siquiera encontraron el cuerpo entre los escombros, así que no la pudieron repatriar.

—Bien… por lo menos hubo una Clotilde Améndola nacida en ese año.

—Queda la otra parte que me pediste.

—¡Ah, el convento de San Cipriano! ¿Existió?

—Existió hasta los cincuenta, hubo un incendio y quedó una ruina. De la hermana Rosa, lo único que supe es que su última abadesa era la Madre Rosa, pero no sé si sería la hermana Rosa que estás buscando.

—¿Qué pasó con ella?

—Murió de vieja, en un asilo donde llevan a las monjas que están muy viejas. No tengo datos, pero creo que hasta hace veinte años vivía.

—¿Y dónde quedaba el convento?

Mi cuñado sonrió con malicia.

—Eso lo sabés vos tanto como yo.

—No te entiendo.

—La Iglesia vendió el terreno y se demolió lo poco que había quedado. Sobre eso construyeron tu clínica… bueno, en ese tiempo fue un petit hotel. Después vos lo hiciste clínica.

Procuré que la angustia no se me transparentara, que las ideas que me estaban naciendo en la cabeza no se concretaran… porque temía perder la razón.

—¿No queda nada del convento?

—Ni el osario. Tenían un osario, una catacumba; pero cuando hicieron la construcción nueva… volaron los huesos de las monjas. Por supuesto, eso lo sé de notas que no se publicaron.

Los huesos de las monjas… y de alguien más, pensé para mis adentros. Y eso si, en alguna parte no descubierta por los albañiles, reposaban los

huesos de una jovencita.

No dormí en toda la noche, no pude. La pasé en la cocina tomando café. A mi mujer le dije que estaba desvelado, que ella volviese a dormir.

Si por mí hubiese sido, me habría dado la explicación más científica y cartesiana que cuadraba y me habría tranquilizado a mí mismo. Pero no era yo solo.

El taller de los buenos gigantes estaba, desde su fundación, siempre en el mismo lugar. A dos cuadras de la clínica, a dos cuadras de lo que había sido el convento.

Dos cuadras suficientes para que, en el mayor secreto, se hablase con un matrimonio de trabajadores sin hijos, se les ofreciese una adopción de hecho, como se estilaba y a veces todavía se estila.

Dos cuadras para llevar disimuladamente un recién nacido, alejado con crueldad de su inocente madre, una niña violada por un hijo de puta y que cargó sobre sí todos los castigos.

Una niña muerta a golpes por un monstruo con hábito y enterrada en un osario, mientras sus padres hipócritas le inventaban un viaje y un matrimonio aristocrático, al tiempo que se desentendían de su verdadero destino.

¿Qué podía hacer?

Al día siguiente fui a la clínica, pedí a la enfermera que me dejase solo con mi paciente… y comencé a recitar lo que había madurado en mi cabeza toda esa noche.

—Clotilde… averigüé dónde está su hijo.

—¿Dónde está? —preguntó el viejo con una sonrisa luminosa.

—Está cerca, pero antes que le diga dónde, quiero contarle algunas cosas. ¿Me tendrá paciencia?

—¡Sí, doctor, por supuesto!

—Antes que nada, usted dice que han pasado dos años. No es así, han pasado muchos más.

—¿Más? ¿Cuántos?

—Ochenta y uno.

Me miró con incredulidad absoluta.

—¡No puede ser! ¡Mi chiquito será un viejo y… y yo debería estar muerta! ¡No puedo tener más de cien años!

Me esforcé en decir lo que a mí mismo me costaba creer.

—No, Clotilde. Usted murió. Murió ese día de la última paliza que le dio esa monja infeliz. Sus últimos recuerdos fueron para su potranca Florecilla, con la cual parece haber pasado sus momentos más felices, galopando en el campo de sus padres. Por eso es que tuvo ese recuerdo.

En el rostro del viejo pugnaban, por un lado, la incredulidad y, por el otro, la certeza de que yo hablaba con verdad, con una verdad que le costaría asumir.

—Después… no sé. Eso habría que preguntárselo a Dios… entre otras tantas preguntas. Pero usted no murió en paz, siempre tuvo la idea de volver a encontrar a su hijo. Y cuando su hijo vino aquí, ya grande, usted comenzó a hablar conmigo.

—Si… mi hijo es tan viejo… ¿cómo ha sido su vida?

—Le aseguro que fue una hermosa vida, Clotilde. Encontró unos padres postizos que lo amaron como si fuera de ellos. Ellos no sabían de dónde venía, pero no preguntaron. Lo criaron bien, le enseñaron el trabajo honesto… se casó, tuvo tres hijos…

—¿Quiere decir que soy abuela?

—Más que eso, Clotilde. Tatarabuela.

La sorpresa fue total.

—Su hijo es bisabuelo. ¿Recuerda la niña que usted creyó gitana? ¡Esa es su tataranieta! La gente hoy se viste de colores.

Hizo una pausa para digerir lo que acababa de oír.

—Pero… ¿Por qué no me lo dijo? ¡Le habría dado besos! ¡Todos los besos que no le di a mi hijo!

—Porque esta niña ama a su bisabuelo. Y estaba muy triste porque lo veía enfermo. Si le decía la verdad, ella iba a sufrir mucho más. Usted no querría eso… ¿verdad?

—¡No, por supuesto que no! ¿Pero qué tiene que ver?

Tragué saliva. Ésta era la parte decisiva.

—Voy a desatarle el brazo, Clotilde, para que usted pueda alzar su mano a la altura de sus ojos.

Así lo hice y el viejo alzó una mano enorme, una mano que nadie quisiera ver convertida en puño y en rumbo hacia su cara. Una mano con dedos capaces de ajustar bulones sin necesidad de herramientas. Su rostro fue la perplejidad. Movió los dedos para comprobar que era su mano. Aproveché para completar mi discurso.

—Usted me está hablando a través del cuerpo de su hijo. Él llegó aquí porque sufrió un accidente. Yo supongo que usted… o lo que queda de usted, está en alguna parte de este edificio, en una sepultura indigna. Esta es mi clínica, que fue construida sobre las ruinas del convento donde la mataron. Al haber muerto sin paz, su espíritu vagó por aquí hasta ahora.

El rostro del viejo ya no tenía asombro, sino una serena y triste paz. Sus ojos lagrimeaban mientras miraban su tremenda manaza y los movimientos que hacía.

—¿Qué va a pasar ahora?

Miré instintivamente hacia arriba.

—Creo que vamos a necesitar ayuda, mucha ayuda. Su hijo debe volver y retomar su vida, porque tiene familia que lo extraña. Usted… usted debe encontrar la paz y partir de este mundo. No sé… ir a un mundo donde pueda galopar con Florecilla por el mejor de los prados… pero eso es lo que debe pasar.

El viejo dejó caer su manaza con resignación.

—¿Él cuidará de la niña?

—Él, el abuelo, el padre… por eso no debe preocuparse.

—¿Qué hacemos para que él vuelva?

Por instinto toqué el bolsillo de mi guardapolvo. Ahí llevaba la jeringa, lo que podía hacer, si todo salía mal, que me quitaran el título y me comiera una condena por homicidio. Pero, por un lado, confiaba en la enorme fortaleza del viejo; y por el otro… extrañamente no me importaba.

—Haré que duerma, Clotilde. Un sueño profundo. Aproveche e intente hablar con Dios. Que Él arregle esto… porque intuyo que Él mismo lo armó para darle la paz.

—¿Tantos años demoró?

Clavé la aguja en la cánula.

—Los tiempos de Dios son distintos a los nuestros.

Vi cómo cerraba serenamente los ojos.

Dos pollos con papas fritas, platos y cubiertos de plástico, vasos y gaseosa… pese a la leve protesta del hijo del medio que quería cerveza. No admito alcohol en mi clínica. El “refrigerio” había corrido por mi cuenta.

Allí estábamos ese domingo al mediodía, en el salón de médicos, la familia del viejo en pleno. Los tres hijos, sus esposas, cinco nietos, la esposa del nieto mayor y, por lógica, Tati.

Yo, desde el viernes que había inducido ese sueño profundo, no había vuelto a casa. Mi mujer no dijo nada, pero no creo que haya quedado muy convencida. Comía cuando podía, algunas cabeceadas en un sillón o en una habitación vacía, pero no quería moverme hasta tener una perspectiva al menos de lo que pasaría con mi paciente.

Para mis adentros pensaba que si el viejo moría o quedaba hecho un vegetal, no iría preso… porque las cuatro moles furiosas —los tres hijos y el nieto más grande— me reducirían a la mínima expresión.

Por supuesto, había dejado una guardia permanente de enfermeras que rotaba y yo, cada tanto, iba y controlaba los signos vitales. El panorama era prometedor… pero por ahora sólo promesas.

—¿Por qué hace esto, doctor?

La pregunta había venido de la madre de Tati. Ella se daba cuenta de que mi dedicación ya superaba la que tendría cualquier otro médico.

—Pues… este hombre es un caso especial. Me asombra su contextura, su salud… lo que le pasó…

Me contuve al descubrir el rostro angustiado de Tati.

—Lo que le pasó podría haber sido peor en otros. Que haya salido bien… comprenderá… despertó mi curiosidad científica.

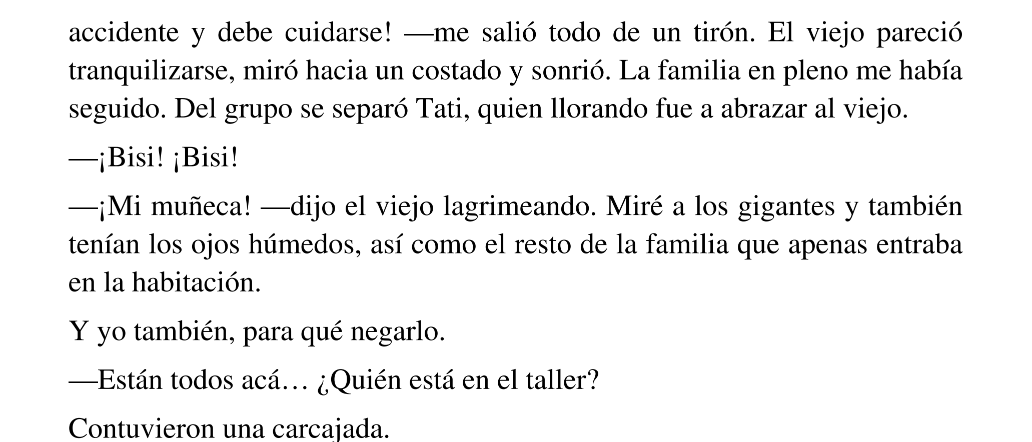
La mujer no se creyó mucho mi explicación, pero la aceptó con cortesía. El resto de la familia, sobre todo Tati, no podía disimular la angustia de la incertidumbre.

—¡Doctor, el paciente está despertando!

No pensé en decirles a los demás que me esperaran. Salí corriendo y entré en la habitación. Allí estaba este hombre con el rostro ceñudo, mirando con desconfianza.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? —dijo con un vozarrón que hizo temblar el cristal de la ventana. Para mis adentros pensé que escuchar esa voz de noche y cerca de un cementerio me habría provocado diez infartos juntos; pero ahora me sonaba a música.

—¡Soy el doctor Oviedo, su médico! ¡Por favor, no se mueva, tuvo un



accidente y debe cuidarse! —me salió todo de un tirón. El viejo pareció tranquilizarse, miró hacia un costado y sonrió. La familia en pleno me había seguido. Del grupo se separó Tati, quien llorando fue a abrazar al viejo.

—¡Bisi! ¡Bisi!

—¡Mi muñeca! —dijo el viejo lagrimeando. Miré a los gigantes y también tenían los ojos húmedos, así como el resto de la familia que apenas entraba en la habitación.

Y yo también, para qué negarlo.

—Están todos acá… ¿Quién está en el taller?

Contuvieron una carcajada.

—¡Es domingo, papá!

—¿Domingo? Pero… era jueves… ¿Llevo tres días acá?

—Llevás más de una semana. No fue el jueves pasado, sino el anterior que te cayó el motor encima.

—¿Tanto? ¡Pucha, debe haber sido serio!

—Ni te imaginás, viejo.

—¡Viejos son los trapos! Está bien, me cayó el motor encima pero… ¿le cambiaron las juntas?

—Tranquilo, papá. El auto quedó hecho un violín, don Pedro está conforme. Te manda saludos.

—Buen hombre, don Pedro. No me gustaría dejarlo a pie.

Reparó en mí.

—Doctor… ¿Cuándo vuelvo a casa? ¿Mañana?

—Ni mañana ni pasado —dije con la voz más profesional que pude—. Lo suyo fue muy serio, mi amigo. Casi se nos va.

Hizo una mueca de desagrado.

—Bueno, espero que la patrona me perdone haberle faltado a la cita.

El hijo más joven se acercó y le acarició la cara.

—Mamá te puede perdonar eso, papá. Ya volverás otro domingo a llevarle flores.

—Usted deberá quedarse un tiempo más —continué—. Cuando vea que está curando, volverá a su casa… pero para meterse en la cama.

—¿En la cama? —exclamó casi con asco—. ¿Y quién atiende el taller?

—Creo que acá hay tres mecánicos…

—Cuatro —acotó el padre de Tati.

—Bueno, cuatro mecánicos que se pueden hacer cargo. Supongo que habrán tenido un buen maestro, así que no debe preocuparse. Ya sabe. La cama primero, la casa después y al taller… sólo de visita hasta nueva orden.

—Y yo me voy a encargar que cumpla —dijo Tati con una firmeza que hizo sonreír a todos. Al sorprender la mirada de ternura de padre, abuelo, tíos abuelos y bisabuelo, pensé que cuando fuese más grande le sería algo difícil conseguir novio.

—Bueno, lo que yo dije. Hasta dentro de dos meses papá no vuelve al taller.

—Ya veremos… —murmuró el viejo.

—Volverás cuando el doctor te diga, Bisi.

Y supe que, con la vigilancia de Tati, la convalecencia del gigante sería respetada.

—Papá —volvió a intervenir el hijo del medio—. ¿Quién es Clotilde Améndola?

Me corrió un estremecimiento. ¿Volvería “Clotilde” a ocupar el cuerpo de su hijo? Me tranquilizó la mueca del hombre.

—No sé, no la conozco; pero que te diga qué tiene el auto y que lo deje.

No fueron dos meses. Fueron cuatro.

Tati se transformó en el cancerbero de su “Bisi”, cortándole todos los amagues que hacía para entrar al taller. Claro que, cuando iba al colegio, quedaban los hijos para intentar, sin conseguirlo, hacer no que quedase en la casa, sino que sólo se quedase mirando en el taller sin intervenir.

Trataban de darle cosas livianas hasta que Tati regresaba del colegio, ponía el grito en el cielo y el viejo se volvía a la cama con la cola entre las piernas, aguantando con pesar los reproches amargos de ese ángel de la guarda que le había regalado la vida.

Hasta que un día volvió a su puesto en el taller, con pleno derecho y con una actitud física que desmentía lo cerca que había estado de la muerte, así como los años que tenía. Pedí que me invitaran cuando cumpliera cien, lo que seguramente sucederá.

Un día lo visité y, cuando estábamos a solas, le conté toda la verdad. Creo que me creyó, porque cada tanto aparecía un ramo de flores en la recepción

de mi clínica. En algún lugar debían estar los restos de su verdadera madre. Había comprendido que fue separada por la fuerza de él, pero que nunca dejó de quererlo.

Yo… yo todavía me pregunto si todo aquello que dije e hice fue mi voluntad o, así como Clotilde se apoderó del cuerpo de su hijo, alguien se apoderó de mí en forma más sutil y me llevó a lograr la paz de un espíritu sufriente.

Es una respuesta que no tendré nunca, no en esta tierra al menos.

Si saqué un beneficio, fue saber dónde podría hacer arreglar el auto cuando tuviese problemas. La primera vez amenacé con no volver más si no me cobraban, y desde entonces me cobran lo que sospecho un "precio simbólico".

Pero estoy seguro que el auto siempre andará hecho un violín, así que mis visitas son pocas.

Fernando José Cots Liébanes, escritor, guionista de teatro y cine, cineasta, docente nacido en Córdoba, Argentina, el 1º de Junio de 1950. Es Licenciado en Cinematografía, 1989, recibido en el Departamento de Cine y TV, Escuela de Artes, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

De sus ficciones, hemos publicado en Axxón: QUILINO, CARACOLES, LA NOCHE DE LA RATA, RECHAZO, OBERTURA PARA DIOSES LOCOS, PROCÓNSUL, LA TRAMPA, SI MARTE FALLA, LOS INVASORES DEL SÁBADO, MADUREZ, RADIO MALDITA, LOS APESTADOS DE TANIT, DONACIANO y CONVOY.

También publicamos sus ensayos y artículos LAS MALAS COPIAS, ECOS Y SILENCIOS, EL GRAN HERMANO Y SUS MODELOS REALES, EL TRISTE OFICIO DE WINSTON SMITH y LAS GRANDES DUDAS DEL PLANETA ROJO.

Axxón 234 - septiembre de 2012

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Fantasía : Posesión : Argentina : Argentino).

El príncipe

Ricardo Gabriel Zanelli

ARGENTINA

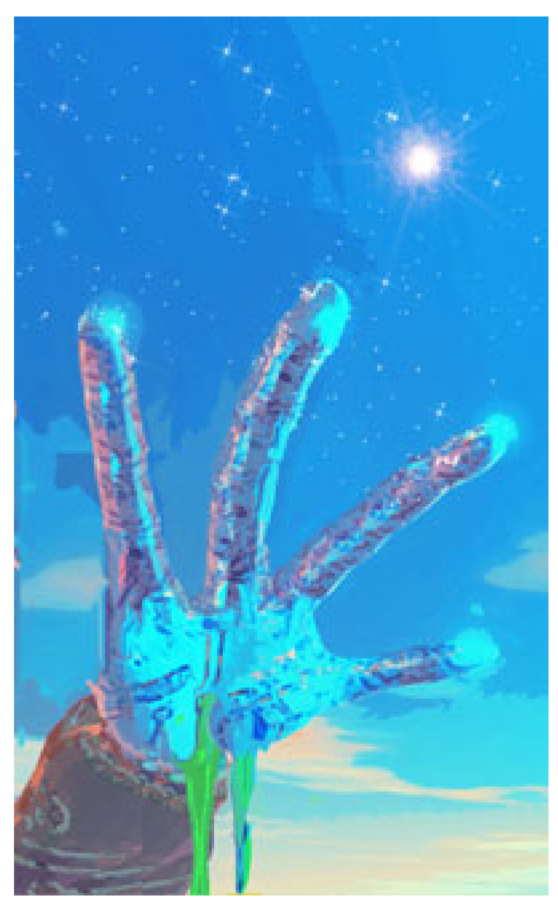


Ilustración: Guillermo Vidal

Negro, vos sabés bien que yo no te voy a mentir. Si somos como hermanos ¿o no? Pero esto que tengo que contarte es, cómo te podría decir, medio raro. Más que raro, la verdad es que no tiene gollete. Cuando vuelva, lo vas a entender mejor, seguro. Pero, qué querés que te diga, yo lo he visto con estos ojos negros que Dios y la vieja me dieron, además de vivirlo en carne y hueso. Y, como te decía recién, a vos no te voy a macanear, hermano, si nos criamos juntos, ¿te acordás? Bueno, mirá, el asunto éste es medio peliagudo

para contarlo fácilmente, vos viste que yo siempre he sido medio bestia, ¿o no te acordás cómo me verdugueaba la vieja de Lenguaje? Y, qué querés negro, a mí lo que me gusta es el fulbo, no nací para complicarme la existencia con la ortografía. Mirá vos, si hasta ortografía es una palabra difícil. Digo yo ¿no tendrán nada más importante que hacer los profesores que andar inventando palabras rebuscadas? No hay derecho viejo, no hay. Y después se quejan de que uno sea un burro. ¿Qué tienen en la azotea? Uno anda con problemas concretos, negro, de la calle, del laburo, del morfi. Je, hablando de laburo, ¿te acordás que en una época era canillita yo? Me acuerdo que me birlaba las revistas con minas en bolas. El dueño, un gallego, se agarraba unas calenturas. Recaliente se ponía, y me gritaba ¡Hostia! y ¡Me cago en la leche! todo el tiempo. Ahora te digo, calenturas, pero calenturas, eran las que me agarraba yo, pero por las revistas, negro. El gallego se encabritaba más que nada por el estado en que se las devolvía: daban lástima y no se podían vender. Pero después me las descontaba, así que eran al cuete los berrinches. Pero, qué querés, en esos tiempos, las chichises ni la hora me daban (bueno, hoy el asunto no ha cambiado mucho que digamos). Pero vos me distraés y yo me voy por las ramas. Lo que te quiero contar pasó en estos días y es para que no se preocupen por mi ausencia. No se lo podría decir a nadie más porque van a pensar que estoy quemado. Vos viste cómo son los canas de bestias: si llego a denunciar semejante gansada, me meten en el calabozo a patadones. Además, encima de la pateadura, se van a reír hasta el día del Juicio Final. Pero el tema es que el príncipe me salvó. Vos te estarás preguntando, y con toda la razón, quién carajo es el príncipe. Bueno, mirá, ésa es una de las cosas raras porque este tipo, que es uno de los protagonistas de esta historia, tenía la piel de un color poco común, medio azulada, como la de los cosos a los que les falta el aire ¿viste? Bueno, así. Por eso le puse “el príncipe”. No, negro ignorante, por eso no. Es por lo de la sangre azul y todas esas giladas. Dejame hablar. Resulta que antenoche estaba parado yo en la calle Belgrano, esquina Caseros, esperando el colectivo. Eran como las doce y no sabés el fresquete que hacía, papá. Encima, al lado mío, había un jovato que tosía como si fuera la última vez. Estaba chau el veterano: pedacitos de pulmones escupía, con un ruido que parecía una cañería oxidada y atascada. ¡En serio, negro! Pero no te vayas a creer que yo estaba mucho mejor: zapateaba del frío con las manos metidas en los sobolyi de la campera. Bueno, el asunto es que, gracias a Dios y la Virgen, vimos que por fin aparecía un bondi. Vos viste cómo son los bondis acá: de noche, olvidate. El viejo oxidado y yo hacía como cuarenta minutos que esperábamos. Cómo habrá sido que el noble anciano (a mi viejo le digo así y se pone loco), no sé si por la emoción, empezó a toser más fuerte: no sabés el estado de ese cristiano. Bueno,

cuando por fin llegó el ómnibus, vemos que no era el C1 sino el C2. A mí me deja lejos, pero el viejo se lo tomó (espero que no haya sido su último viaje). No, no te rías, negro desalmado, no es para tomárselo a la chacota, pobre viejo. Pero yo, de vago, no lo tomé: en realidad, me deja a cuatro cuadras, pero entre el frío y la caminata me iba a paspar. Sigo. Justo cuando el C2 arranca, veo una luz. No, negro, no de la calle. Veo una luz en el cielo. Habrá sido una estrella fugaz, qué sé yo. En eso veo que de la esquina de Caseros doblan cuatro tipos con unos lomos terribles, y unas caritas que ni te cuento. Y, vos viste, de noche y cuando no se ve un alma, la impresión se agranda. Yo miré para otro lado, haciéndome el gil: ¡me moría de miedo, negro! Y no sabés lo que sentí cuando entreví que enfilaban hacia donde yo estaba. Me dije: estoy hasta las manos. Justo en ese instante hubo un fogonazo en el cielo, como si hubiera amanecido de golpe. Me distraje un segundo y ya tenía a los negros encima. ¡Eran cuatro roperos, hermano! Dos pelaron navajas. A mí, del julepe, me parecieron el sable corvo de San Martín. ¿Te acordás cómo jodía con eso la vieja de Historia? Sí, la Panetti, esa misma. Bueno, hubo un reclamo de plata. No, negro, de la Panetti, no, de los grones estos. Para comprar merca, seguro. ¿O no? Pero matate que sí. Yo no tenía un mango partido al diome, salvo el cospel para pagar el bondi. Moraleja: me rompieron el alma. Estaban muy entretenidos en eso cuando apareció el príncipe, de la nada, como en los cuentos. Los monazos lo miraron como si dijeran: ¿Y este maricón quién es? Porque la verdad es que muy gaucho no parecía. Pero ni tiempo para pensar tuvieron. Él, solito y su alma, les dio para que tengan a los orangutanes. Pero justo cuando yo me estaba acomodando la ropa, aparece la cana. Esos que hacen ronda nocturna. Y los boludos se la agarraron con el príncipe y con un servidor. No, si son de madera balsa los giles. Me acuerdo que les dije: "Pero, ustedes, ¿de qué lado están?". Ni bola me dieron. Al príncipe no se le movió un pelo (bueno, tampoco tenía): describió un arco en el aire con el brazo derecho, como diría el Nene, mi primo del campo, que se las da de poeta, y los tres canas volaron para atrás, como dos metros. Luego dijo algo, con una voz muy rara, que no entendí. Yo pensé: "Qué rebuscados estos nobles modernos", olvidándome que, medio en serio, medio en broma, lo había bautizado "el príncipe". Vimos entonces que los canas se levantaban y que uno de ellos se metía en el patrullero y cazaba el radio. Casi como por arte de magia, aparecieron más coches. "Rajemos", le dije al príncipe, que seguramente no entendió un pito, pero mi cara lo debe haber asustado. Hasta ahora no te conté de la facha del sujeto. Era muy alto, flaquito y muy delicado de cuerpo. Usaba una ropa muy ajustada y brillante, como un enterito, de color azul, pero más oscuro que el de la cara y las manos. ¡Las manos! Estos de la nobleza (al final, me había convencido de eso) tienen siempre esas enfermedades raras,

¿viste? Esas cosas hereditarias porque se casan entre parientes y qué sé yo. Digo, porque si no, no me explico que el flaco tuviera sólo cuatro dedos en cada mano. Y larguísimos. Andá a saber vos. Te sigo contando. Los canas nos perseguían con los patrulleros por la calle Belgrano, luego por Tucumán. Era todo muy raro: parecía un sueño. Yo pensaba: "Puta, si los colectivos vinieran a tiempo, todos estos despelotes no pasarían". ¿O no es así, negro? ¿Viste? Y digo raro, porque los tumbados de los canas, en lugar de perseguir a los malandras, como diría mi viejo, nos corrían a nosotros. Es cierto que el príncipe parecía salido del corso de San Vicente, pero ni así. Es que este íspa funciona al vesrre, negro. Mientras, con el azulito corríamos a todo lo que dábamos. Y mirá lo que es tener cuna de oro, hermano: yo estaba con la lengua afuera, el señorito, en cambio, como si nada. Eso sí, la frente le brillaba con un fulgor extraño —atendé al léxico, gil a cuadros. ¡Si me escuchara la vieja de Castellano!—. De golpe, guiado por el príncipe, nos metimos en un zaguán. Yo pensé: "Lo único que nos falta: que al príncipe, con esa facha y todo, se le dé por meterse en una whiskería". Al final del mismo (anotá, negro, si tenés papel y lápiz) había una escalera. Ahí pensé yo: "Ahora sí que vamos todos presos: el príncipe, las putas y yo". Encontramos una puerta y, creer o reventar, negro, el lugar ese no era un quilombo: en vez de luces rojas, desde adentro salía un resplandor azulado, como el del príncipe. Estaba abierta, quiero decir, sin llave. Entramos (el miedo no es zonzo, hermano, pero, a esas alturas, ya no sabía qué me preocupaba más…). Cuál no sería mi sorpresa (esta frase se me grabó en el mate del único libro que leí en mi vida) cuando vi que, ahí adentro, había otros tipos como el príncipe. Era increíble: todos igualitos. Salvo uno de ellos, que parecía una mina. Riéndome para mis adentros, pensé: "Fulera, la princesa". Me sorprendió ver que la frente se le prendía: quiero decir, tenía el mismo fulgor que los otros. Como si me hubiese leído el pensamiento. Es increíble, negro: la realeza de este siglo vein… tiuno viene sofisticada, como los autos. Se pusieron a hablar entre ellos: se entrecruzaban unos sonidos extrañísimos. Me pregunté: "¿En qué dialecto hablarán?". Vos te vas a reír, pero en ningún momento se me ocurrió pensar que la idea de que fueran príncipes, reyes o qué sé yo, es una pavada que no tiene nombre, porque ¿desde cuándo se te aparecen en la lleca y a las doce de la noche? De todas maneras, ¿a vos se te ocurre alguna idea mejor? Bueno, el asunto es que estos cosos (el príncipe y los otros azulejos) seguían meta cabildear, meta cabildear, tanto que el lugar ese parecía un panal gigante. Por los zumbidos, digo. En eso oímos golpes a la puerta. "¡La cana!", grité yo. El príncipe y sus compañeros me miraron de manera rara: parece que mi voz les resultaba insoportable (mirá vos, la vieja de Música pensaba lo mismo). Finalmente, los uniformados, como dicen en el noticiero, tiraron la puerta abajo. Los

príncipes parecían sorprendidos (a todos les brillaba la frente). Yo les grité a los policías: “¡Che, los malos de la película son los otros, los que nos estaban pegando!”. El que parecía de mayor rango me dijo: “¡Callate, negro jetón! A vos no te buscamos. Es a estos terroristas a los que perseguimos. ¡Seguimos instrucciones de la CIA!”. Yo le dije: “¿Terrorista, éste? ¿Con esa cara y esos ojos saltones? Ustedes deben estar mamados”. ¿Te das cuenta, negro, pero te das cuenta lo que es esa gilada de la globalización o lo que sea? A los bestias estos de los canas, que deben ser hinchas de Talleres, les dan órdenes los yanquis. “¿Y por qué me cagan a palos a mí?”, le pregunté después, enculado. “Porque son unos inútiles, éstos”, me dijo, mirando de reojo y con desprecio a sus subordinados. En ese momento, el príncipe hizo nuevamente el gesto del arco en el aire, pero esta vez, por alguna razón, no le salió. Aparentemente, sus compañeros no podían hacer lo mismo. Los canas, que ahora eran un batallón, se les fueron encima. Pero yo no me la llevé de arriba: ligué unas cuantas piñas y no pude meter ninguna. Sólo la princesa, que se había mantenido en una penumbra, parecía a salvo. Justamente ella me habló, con esa voz tan rara, me tomó de un brazo y me llevó hacia una puerta medio escondida. Por qué hizo eso: un misterio, negro. En ese instante, uno de los canas gritó: “¡Alto ahí!”, levantó la pistola reglamentaria, apuntó y le disparó a la princesa, en el preciso momento en que el príncipe, que se encontraba como “apagado” (además de bastante maltrecho), se interponía en la trayectoria de la bala (aparentemente el príncipe y la princesa eran algo más que amigos, camaradas o lo que fuera). Me di cuenta entonces, y esta es otra de las cosas raras, que esta gente no tiene sangre azul: al príncipe le brotó una sangre verde y espesa, como si fuera mostaza. La princesa pegó un alarido que sonó como una radio mal sintonizada. De todas maneras, reaccionó y me empujó a través de la puerta escondida. Salimos por un pasadizo también iluminado por resplandores azulados. Antes de que se cerrara la puerta, pude ver cómo los canas masacraban a los azulitos. Pobres. Cuando llegamos al final del pasadizo, directamente nos metimos en un artefacto con asientos, tablero y todo eso, colmado de relojitos con letras o números que no pude entender y una especie de volante (dos) como los de los autos de carrera. Pero se parecía más a un avión. Para no perder la costumbre, me tropecé al subir. La princesa me levantó de un brazo con esos dedos larguísimos y finos, como si yo fuera una pluma, a pesar de la buzarda (si salgo de ésta, le prometí a la Virgen aflojarle al asado y al fernet). Se veía tan triste la pobre: tenía la frente completamente oscura. Le dio instrucciones a otro que andaba por ahí, que, a diferencia de los demás, era petiso, barrigudo y cabezón. Te confieso, negro, que estaba tan asustado que ni cuenta me daba de lo que hacía. Oí un zumbido y tuve la impresión de que el avión se movía. Se ve que esta gente

tiene los últimos adelantos, hermano, porque este aparato, en lugar de carretear, se levantó para arriba. Ahora, sólo se ven estrellas alrededor. La luna, por ejemplo, no. Qué raro. No me puedo imaginar dónde quedará el pago de estos tipos, pero seguramente será del otro lado del mundo. Vaya uno a saber. La princesa no es la máxima autoridad abordo. Hay un tipo muy parecido al príncipe, que no me da ni cinco de bola. Pero ella sí. Tanto que en el viaje (que, en verdad, ya lleva unas cuantas horas), se puso muy simpática, casi te diría romanticona. Lástima la voz. Fue ella la que me facilitó este aparatito con unos dibujitos estrafalarios para que pudiera llamarte al celular. No sabés la cantidad de botoncitos que tuve que apretar. Pero parece que de contrabando, sin que se entere el estirado del jefe. Espero volver pronto (no dejo de rezarle a la Virgencita). A la vieja no le cuentes nada, pobre, ya sabés que sufre del cuore. Decile que estoy de viaje y que le mando un beso grande. Ahora tengo que cortar (escucho "hablar" al odioso y a la princesa). Cuidate, negro. Un abrazo.

Ricardo Gabriel Zanelli nació en la Argentina en 1962. Es autor de LA RULETA RUSA DEL TIEMPO (Cuentos), 2004, Editorial Argenta (ISBN 950-887-267-5). Ha publicado varios cuentos y ensayos breves en diarios (La Voz del Interior) y revistas (Revista Cuásar) de Argentina.

Hemos publicado en Axxón: VEINTE AÑOS, EL PORTAL DE LAS MANTÍCORAS, EL PRINCIPIO DE INCERTIDUMBRE, EL MARTINCITO y LA GUERRA DEL AIRE.

Axxón 234 - septiembre de 2012

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Ciencia Ficción : Contacto con extraterrestres : Argentina : Argentino).

El último

Sergio Sangiao Filgueira

ESPAÑA

La fuerza geotérmica de Nuevo Júpiter hacía que el BIT se mantuviera estable.

Laisa echó un vistazo hacia el firmamento. Su cuerpo, de un escarlata metálico, destelló y devolvió los rayos de Prometheus, la distante estrella del sistema.

Bajó la mirada.

Laisa puso una rodilla en el suelo e introdujo uno de sus brazos mecánicos dentro de un pequeño agujero circular horadado en la explanada metálica. Un holograma gigantesco apareció delante; detrás; sobre la figura escarlata. Diversos signos y mapas bailaban y se superponían cada vez a más velocidad, como si intentaran competir para atraer su atención. Laisa sacó el brazo del agujero y se levantó. Su cuello sintético giraba en todas direcciones; con movimientos bruscos.

¿Dónde está el maldito conducto? ¡Ah, ahí está! ¡Para!

El holograma se congeló en el aire, justo donde un mapa tridimensional señalaba un conducto de color rojo.

Dejet34. Desatasca el conducto de engrase: 17304DUJFT Cuadrante: ADR-3958 Orden dada por Firma Telepática: Laisa. Número de Empleado: 17284740375-ERJD Ocupación: Mantenimiento Nodo 109462857301129 5395 del Computador Interespacial. Fin de orden.

Los hologramas desaparecieron.

Laisa echó un vistazo a su alrededor: La explanada metálica que recubría el planeta restallaba con las últimas luces del ocaso de Prometheus. Se quedó así, inmóvil, esperando que desapareciera por el horizonte llano. Una miríada de colores precedió a ese instante: ora naranja; ora rojo; ora violeta; ora… oscuridad.

Dejet34. Número de Serie: 28549303765-ER para Laisa Número de Empleado: 17284740375-ERJD Asunto: Desatascado conducto de engrase: 17304DUJFT Cuadrante: ADR-3958. Fin de Informe.

Laisa firmó telepáticamente la respuesta de *Dejet34*. Dio una orden más y caminó unos cien pasos hacia el norte.

Se detuvo.

En el firmamento millones de estrellas y constelaciones iluminaban la noche de Nuevo Júpiter. De repente, se levantó un viento de más de doscientos kilómetros por hora. Laisa puso en funcionamiento los electroimanes de las suelas de sus pies para no salir despedida. Sabía que esos eran los prolegómenos de unas rachas más fuertes. Dentro de poco llegarían a los mil kilómetros por hora. Era lo que llamaban una tormenta metálica de escala dos; un efecto secundario de la *terraformación* de Nuevo Júpiter.

Laisa dio una última orden telepática. En un instante, un pequeño trazo de color rojo empezó a iluminarse en el suelo. Rodeó a la mujer hasta encerrarla por completo dentro de un círculo. Un níveo resplandor surgió del suelo y envolvió la figura escarlata hasta que desapareció. La explanada volvía a estar vacía.

***



Ilustración: Pedro Belushi

Laisa creía no acordarse del día en que había entrado a formar parte de la plantilla de la Corporación. Desde luego se mentía a sí misma: recordaría aquel día toda su vida, no le cabía la menor duda. De eso hacía casi mil años terrestres, pero parecían doscientos mil. La primera vez que pisó aquel

maldito planeta aún mantenía su apariencia normal. No pasaba un solo día sin que añorara sus tersas manos, su lacio cabello y su cara de muñeca de porcelana. Podía acordarse de cuando el Inspector la recibió aquel nefasto día en la terminal, aún a medio construir, de Nuevo Júpiter. Aunque pertenecía a la Corporación, el Inspector no estaba *chipeado*. Le pareció raro. Por aquel entonces casi todo el mundo lo estaba. No tuvo más remedio que comunicarse fonéticamente con él. Al principio le costó un poco, acostumbrada al lenguaje telepático, apenas podía articular dos palabras seguidas sin confundirse, por lo que optó, en principio, por responder con monosílabos. En cambio, el Inspector usó su perfecto dominio de aquel sistema arcaico de comunicación para contarle los problemas que había tenido la Corporación en la *terraformación* del planeta. También le dijo que por causa de la extensa vida del núcleo de Nuevo Júpiter, su BIT se usaría en la memoria permanente del Computador Interespacial. El Inspector le dejó claro que era una gran responsabilidad mantener aquel BIT estable por el bien de toda la humanidad; que no había nada más importante que aquel BIT, y que la Corporación no perdonaría una actitud negligente a la hora de mantener el BIT en funcionamiento. También le aseguró que la Corporación le restituiría cada órgano por uno sintético a medida que necesitara un reemplazo. “¿Por qué sintético?” preguntó Laisa. El Inspector le respondió que unos sintéticos la adaptarían mucho mejor al medio y al trabajo que tenía que desempeñar en Nuevo Júpiter. Así se hizo. Todo en Laisa era sintético y mecánico; sólo parte del cerebro original de Laisa permanecía intacto; el resto eran *chipeadas* y arreglos varios, sobre todo a nivel de deterioro neuronal y de tejidos cerebrales. A la hora de la jubilación, el Inspector le había prometido una increíble y auténtica regeneración total de sus órganos, con una reestructuración vitalicia. Al acabar el trabajo su aspecto sería, para siempre, tal y como había llegado al planeta; una estratosférica suma de dinero redondeaba el acuerdo. Esas, y solo esas, habían sido las causas para que Laisa hubiera aguantado todo ese tiempo en aquel maldito planeta. Pero aquello iba a cambiar: sólo faltaban seis rotaciones completas de Nuevo Júpiter para jubilarse. Dentro de poco vendría una nave con el reemplazo. Y ella no tendría más que enseñarle las instalaciones durante otras quince rotaciones, recogería las pocas pertenencias que atesoraba y pondría rumbo hacia la Tierra, donde comenzaría su verdadera vida.

***

Fueron las seis rotaciones más lentas de su vida. Laisa iba y venía por el planeta reparando los pequeños fallos inherentes a la maquinaria del BIT. En verdad, ella no estaba allí para hacer eso. Sabía que si no acudía a arreglarlos, el propio computador principal de BIT lo resolvería en el próximo *scan*, pero estaba tan nerviosa con la llegada del reemplazo que no podía estarse quieta sin hacer nada. A pesar de que podía teletransportarse, a Laisa le gustaba más moverse por los túneles de gravedad del interior del planeta. Cruzándose con los robots de manufactura de componentes; con las ópticas de los láseres; con los contactores que ponían en funcionamiento los motores del mastodóntico engranaje que alimentaba el BIT. Conocía cada rincón del pequeño planeta tan bien como los múltiples recovecos de sus manos sintéticas. De hecho, Laisa hubiera apostado con cualquiera a que podría encontrar cualquier cable de interconexión de cualquier *bus* del BIT sin ayuda del computador principal; hasta hubiera soldado a mano las interconexiones si no fuera porque no tenía las microscópicas dimensiones de esos condenados *deyets*.

Al principio de la sexta rotación, Laisa se encontraba en el mismo corazón del computador principal: una pequeña estructura de forma piramidal de la que colgaban multitud de paneles lumínicos que mostraban el estado de cada interconexión. Sin duda aquello era una reminiscencia del pasado; algo inútil; ya que Laisa podía confirmar el estado de millones de interconexiones por vía telepática u holográfica, pero los ingenieros del Computador Interespacial eran muy escrupulosos aplicando la ortodoxia que habían implantado, hacía miles de años, aquellos a los que llamaban "Los cuatro padres de la *interfase primigenia*: Ali, Lewis, Heidfeld y Santoro." Los hombres más famosos de la historia de la humanidad.

Pasó un cuarto de vuelta más hasta que la computadora transmitiera a Laisa que un pequeño objeto se estaba acercando a la órbita de nuevo Júpiter y que, en apenas otro cuarto de vuelta, aterrizaría en el hangar 3G. Sin duda era la nave.

Laisa mandó una intercomunicación vía telepática para dar la bienvenida. El protocolo mandaba como norma devolver el saludo. La nave no lo hizo.

***

El hangar 3G se usaba para naves de carga, por lo que era uno de los más

grandes del planeta. A Laisa le extrañó que la nave no diera respuesta, pero lo que era más extraño es que fuera a aterrizar en un hangar de carga en vez de uno de los confortables y pequeños hangares de pasajeros.

El hangar 3G estaba en el otro lado del planeta. Laisa se fue hacia una esquina donde había una pequeña plataforma metálica. Se subió a ella. Una línea en el suelo empezó a dibujar un círculo rojo.

***

¡Era ridículo! ¿Cómo podría alguien viajar en semejante nave de pasajeros? Era diminuta. Y en la extensión de aquel impresionante hangar destinado a cobijar a monstruosas naves de almacenaje la insignificancia de aquella pequeñísima nave se hacía más evidente. De pronto una duda recorrió las zonas neuronales de Laisa. ¿Por qué es todo tan raro? Nada cuadra. Eso le produjo ansiedad. Una respuesta instantánea de su cuerpo sintético en forma de sustancia química la calmó de inmediato. Laisa se acercó a la nave. Vista desde cerca no tenía forma de nave. No tenía popa ni proa determinadas, carecía de ventanas y no parecía tener una estructura idónea para su manejo: tenía forma de cono cromado como un… Si no tuviera aquellos ojos sintéticos y sin vida y aquella máscara, que a pesar de estar hecha de las aleaciones más avanzadas y caras que podía hacer el ser humano, tenían el defecto de la inexpresividad, sin duda, habría tenido en aquel mismo momento una faz desencajada y cérea. Se había dado cuenta de por qué nadie había contestado a su bienvenida. Aquella nave había aterrizado en un hangar de carga porque eran los únicos que podían monitorizar automáticamente un descenso de una nave no tripulada. Aquel cono no era una nave; era una cápsula de entrega. Pero, ¿para entregar qué? Laisa se movió lentamente hacia la cápsula. Levantó uno de sus brazos y la tocó. La cápsula se iluminó y se abrió.

Ni siquiera los potentes calmantes sintéticos podían aplacar la ira que sentía. ¡No me lo puedo creer! ¡No me lo puedo creer! ¡Un Robot! ¡Esos malditos hijos de puta me han enviado un robot! ¿Y que quieren que haga yo con un puto robot? ¡Si tengo miles! ¿Dónde coño está mi reemplazo? ¿Dónde? Cálmate, Laisa, cálmate. Seguro que todo tiene una explicación razonable. A lo mejor este robot es algo que tenían que enviar para hacer… para hacer… no sé, algo. Pero si tenían que enviar el robot por alguna causa, me habrían mandado alguna comunicación desde el Centro del

Computador, y yo ahora lo sabría. Quizá se olvidaron…no, eso no. Imposible. No se olvidarían. Esperaré. Eso es. Esperaré otra rotación para asegurarme. Quizá dentro de poco llegará la nave con mi reemplazo. Un robot extraño y mi reemplazo en el mismo día. Esperaré. Eso será lo que haré.

Laisa esperó tres rotaciones a que llegara su reemplazo. Nada sucedió. Cuando empezaba la cuarta rotación dio una orden telepática.

Llama a la Corporación.

***

Laisa Número de Empleado: 17284740375-ERJD Asunto: Conexión urgente por fallo en reemplazo Destino: La Tierra - Centro del Computador Interespacial - Recursos humanos.

La imagen tridimensional del Inspector apareció al instante. Tenía la misma apariencia que cuando Laisa llegó a Nuevo Júpiter. Obra, sin duda, de los múltiples implantes orgánicos que se había hecho. El Inspector estaba sentado en lo que parecía una silla de mimbre y en su boca sobresalía un cigarrillo a medio fumar.

—Hola, Laisa. ¿Qué sucede? —preguntó utilizando de nuevo aquel lenguaje fonético arcaico.

—¿Dónde esss… tá mi reemplazo, señor?

Laisa intentó que su voz sintética sonara furiosa y firme, pero todo lo que consiguió fue un sonido impersonal y torpe. A pesar de todo, el Inspector se reincorporó de la silla y frunció el ceño extrañado.

—¿Cómo? ¿Aún no ha llegado? Ya tendría que estar allí.

—Pues no lo esssstá, Señor. Lo ún… único que ha llegado es un robot.

Por la cara del Inspector cruzó una sonrisa.

—¡Uf! ¡Menos mal! Por un momento me ha hecho creer que se había perdido.

—¿Perdido a quién, ssseñor? —cómo odiaba comunicarse así, por qué no usaba la telepatía ¿seguiría ese maldito humano sin *chipear*?

—Laisa. Ese robot es su reemplazo.

—No entiendo, señor.

—Está muy claro. La Corporación ha diseñado un robot capaz de reemplazar a un ser humano.

—Pero ess… eso no es posible, señor.

—Sí que lo es, Laisa. Lo único que tienes que hacer es ponerlo en funcionamiento y quedarte las quince rotaciones acordadas. Él solo, en todo ese tiempo, aprenderá todo lo que tiene que saber sobre el BIT y entonces tú podrás regresar a casa.

Laisa se quedó un momento sin decir nada, mirando la imagen del Inspector sentado en la silla mientras de su boca salían volutas de humo inexistentes.

—Señor, sssssólo una pregunta.

—Dime, Laisa.

—¿Cómo voy a regresar? No hay nave, el robot llegó en una cápp… cápsula. Y…

—Laisa, Laisa, Laisa. No te preocupes. Está todo arreglado. Tú sólo tienes que comprobar que el robot esté operativo en quince rotaciones y que no tiene ningún fallo. Una vez que todo esté en orden, tu traslado a la Tierra será inmediato.

—Pero…

—¿Pero qué, Laisa?

—Pero el contrato dice que yo saldré de aquí cuando se hayan completado las quince rotaciones y…

—Sí, es cierto, es cierto. Pero has de saber también que tu contrato está supeditado a lo que diga el Convenio de la Corporación. Y si lees…

—Essss… eeeessssspere un momento ¿Qué… qué Convenio?

—¿Cómo qué Convenio? ¿No has leído el Convenio, Laisa?

De la boca sintética de Laisa afloró un “no” diminuto e inconcluso.

—El último te lo mandamos hace tan sólo tres años terrestres. Se revisa cada cincuenta años terrestres, ¿o eso tampoco lo sabías?

Laisa se quedó callada.

—Dios mío, ¿pero en qué mundo vives, Laisa? ¡No me digas que no sabes nada de esto! No, claro que no. Bien, pues para tu información en el artículo103/2B del Convenio se dice —el Inspector levantó un brazo y un pequeño holograma compuesto de letras de colores bailó delante de él— que según lo pactado en el articulo 23/3L y conforme al artículo 45/6T todo

reemplazo admitido desde la fecha de entrada tendrá una duración de quince rotaciones de adaptación y un máximo de tres años terrestres en sujetos humanos y un mínimo de quince rotaciones a seis meses terrestres como máximo en sujetos sintéticos. Siendo la retirada y jubilación del sujeto humano no superior a un mes terrestre sobre el tiempo máximo de aprendizaje del sujeto humano o sintético. En el supuesto que el sujeto a jubilar sea sintético, este pasará a la estructura del funcionamiento del BIT correspondiente o para otra función que a bien tenga indicado la Corporación para su provecho. Dicho Artículo tiene efecto retroactivo.

—Pero… ssse… señor esss… essssoo signifffica que…

—Que según el Convenio podrías hasta estar seis meses terrestres. Pero no te preocupes, eso no ocurrirá. Si todo va tal y como pensamos, el robot estará a pleno funcionamiento incluso antes de las quince rotaciones.

El Inspector se llevó el pitillo a la boca, dio una calada y, mientras expiraba el humo, una sonrisa placentera recorrió su cara, como si todo estuviera solucionado.

—¿Señor?

—Sí, Laisa.

—¿Y cuándo se su… ssupone que esssstará disponible la nave que me lleve de regressso a la Tierra?

—Ya te he dicho que no te preocupes por eso Laisa. Si todo va bien, la nave llegará muy pronto. Lo máximo serían seis meses terrestres.

—¿Seee… seeee… sseis meses? Pero si son…

—Trescientas noventa y cuatro rotaciones de Nuevo Júpiter exactamente. Pero eso en el peor de los casos, claro.

—No, puede ser. No puede ser —dijo Laisa, negando con la cabeza.

—Sí, puede ser. Y tienes suerte de que tu reemplazo sea un robot. Si fuera humano podrías estar hasta dos años. Es el Convenio.

—Pero, señor. ¿Y si resulta que el robot no aprende o ess… está averiado?

La cara del inspector se puso seria y tensa de repente.

—No puede estar averiado, Laisa. Es una máquina que no se puede averiar, está demostrado. Y aprenderá, está diseñado para ello, no lo dudes.

—¡Pero sssii esss una máquina! Yo laaasss arreglo todos los días, y todas, sssssin exxx….exxxcepción, alguna vez sssse estropean. Nada esss perfecto.

—Es estúpido pensar en ello, Laisa. El robot funcionará. Y si sucediera lo

imposible ten por seguro que se depurarían responsabilidades a todos los niveles. Ese sería un fallo que no nos podríamos permitir, de eso puedes estar segura.

—Pero si sssssu… sucede ¿qué pasaría conmigo?

La cara del Inspector se destensó un poco. Le dio otra calada al pitillo, y expiró el humo lentamente, como si meditara la respuesta.

—En el caso improbable de que el robot no funcione, la Corporación te enviaría otro reemplazo ya sea humano o robótico.

—Pero esssso tardaría mucho.

—El reemplazo no es efectivo si, durante el viaje o durante el proceso de aprendizaje, sufre algún daño que no le permita hacer dicho reemplazo. Si quieres te leo el articulo del Convenio donde viene —dijo el Inspector levantando ya una mano.

—No. No hace falta, le creo, señor.

—Pero no te preocupes, Laisa. —El Inspector volvió a desplegar otra vez su sonrisa—. Ya verás como todo sale bien. Nos preocupamos por tu bienestar, y sin duda, sabes que si por mí fuera, tú ya estarías fuera de ahí hace tiempo; pero tu trabajo es muy importante para la Corporación; y para la humanidad también. ¿Comprendes?

Laisa respondió con un *Sí, señor* casi inaudible.

—Bien. Ahora tengo otras cosas que hacer —dijo el Inspector, consultando su arcaico reloj de pulsera. —Espero tener gratas y prontas noticias tuyas, Laisa. Un abrazo, amiga.

La imagen del Inspector se diluyó.

***

Laisa buscó en los archivos enviados desde la Tierra tres años atrás. Encontró el Convenio con los archivos basura. Pero, ¿cómo podía ser? ¡Claro! Así no le extrañaba que nunca lo hubiera visto. El Sindicato, en vez de enviárselo como información prioritaria, se la mandaba como de tercer orden. ¡Normal que el computador nunca le hubiera comunicado la existencia del mismo! Insertó el Convenio en su memoria y lo repasó unas doscientas veces. ¿Cómo el Sindicato había aprobado aquella bazofia? ¡Era

vergonzoso! No sólo le habían recortado los derechos correspondientes al reemplazo, sino también a otros muchos asuntos. Por ejemplo: según el articulo 48/0D su seguro por muerte o invalidez se reducía en un cincuenta por ciento de un plumazo; el artículo 94/9P llegaba a decir que la regeneración de los órganos vitales correrían a cargo de la Corporación en un sesenta por ciento, el otro cuarenta saldría de la gratificación final que se le diera al empleado, eso sí, la Corporación ponía a disposición de sus ex empleados una forma de pago por mensualidades, "para facilitar el pago" decía exactamente; el artículo 34/9H daba a entender que las enfermedades o accidentes laborales que se produjeran en el trabajo y que no se demostraran por medio de pruebas holográficas no serían calificados como tales, cosa bastante difícil si el accidente se produjera en el exterior de Nuevo Júpiter o de cualquier otro planeta que mantuviera un BIT; y ni hablar del artículo 56/9F… y del 89/2K… y del 67/4Y…

Laisa guardó el Convenio en su memoria sintética permanente y decidió que era hora de hacer algo.

***

Nunca había llamado al Sindicato. De hecho tuvo que rebuscar en la información primigenia del computador principal para dar con el enlace que necesitaba para dar la orden.

Laisa Número de Empleado: 17284740375-ERJD Asunto: Conexión por consulta al Centro Sindical Dependiente del Computador Principal. Destino: No Facilitado.

De pronto apareció una sonrisa tan gigantesca como idiota en medio de una cara de piel sintética barata. Al fondo, en una pared de color amarillo, resaltaba una mastodóntica S azul, rodeada por estrellas rojas de cinco puntas.

"¡Otro robot! ¡No me jodas!".

"¿Tiene usted algún problema de que la atienda un delegado sindical sintético?".

"¿Un delegado sindical sintético? Pero ¿qué broma es esta? Quiero comunicarme con un humano y si es posible que esté *chipeado*".

"Eso no va a ser posible por el momento, según puedo saber, usted está

destinada en el nodo 1094628573011295395, y por lo tanto yo soy el delegado sindical que tiene asignado. Mi nombre es Yellow. Dígame en qué puedo ayudarle”.

La incredulidad de Laisa rozaba el paroxismo. Había pagado, como exigía el contrato, religiosamente y por adelantado, la cuota del Sindicato al entrar a trabajar en el BIT. Y lo que menos se esperaba era a un cabeza-hueca como delegado sindical. Quería, no, exigía a un humano. Eso es, una persona de carne y hueso. No tenía que ser ni muy lista; una media tonta le valdría. ¿Cómo iba a empatizar aquel saco de cables con ella? Estaba segura que solo un ser humano la comprendería y entendería su punto de vista.

“Yellow, no quiero que me ayudes. Te repito que quiero comunicarme con un ser humano”.

“Señora, le vuelvo a decir que eso no es posible. Si desea hacer una consulta, me la debe hacer a mí. Yo la atenderé gustosamente. Y le seré de igual ayuda que un ser humano, se lo aseguro. Estoy diseñado específicamente para ello. Por lo tanto, si quiere hacer alguna pregunta, hágala de una vez”.

Laisa sabía que de aquella manera no conseguiría nada, quizá… sí, a lo mejor aquel robot… si tuviera receptores sensitivos. Cambiaría de táctica.

“Mira, Yellow. No dudo de tus facultades. Creo sinceramente que lo haces tan bien o incluso mejor que un ser humano. —El robot pestañeó y a Laisa no le pasó desapercibido—. Y si te digo la verdad, hasta me gustaría más que me atendieras tú que un ser humano, de veras. —Otro pestañeo—. Pero con todo el dolor de mi corazón te tengo que decir que no tengo más remedio que pedirte que sea un ser humano el que me atienda, porque lo que le tengo que decir es tan horrible que me disgustaría mucho que tú te vieras implicado en ello. Me comprendes ¿verdad, Yellow?”.

Yellow ya pestañeaba rítmicamente cuando Laisa dejó de comunicarse telepáticamente. Ya lo tenía en el bote. Los receptores sensitivos estaban actuando y el robot no tendría más remedio que hacer lo que ella le decía. Estaba segura.

El robot escondió aquella horripilante sonrisa y comunicó:

“Entiendo y comprendo su preocupación por mí, Laisa. Y tengo que decirle que estoy muy emocionado por sus palabras, pero me es imposible atender a lo que me pide. Como mucho, lo que puedo hacer es una petición formal a la Central Sindical para que atiendan su demanda. Ya le digo desde ahora que ello puede suponer varios años terrestres hasta que den una contestación. Pero si no puede esperar hasta que esta se efectúe, créame lo

que le digo: aún a riesgo de dañarme, que me sacrificaré a la hora de atender sus demandas".

Y volvió la sonrisa.

Laisa se dio por vencida.

Está bien. ¿Qué puedo perder?

"De acuerdo, Yellow. Te agradezco tu sacrificio. Mi consulta es concerniente al último Convenio Colectivo…"

"¡Ohhh! ¡Claro, claro! Cómo no. ¿Qué querría usted saber, señora?

"Pues la verdad, al entrar a trabajar en la Corporación, tenía unos derechos firmados, y ahora me encuentro con que la Empresa los ha reducido a expensas de un Convenio Colectivo que hasta hoy, para mí, era inexistente".

"¿A qué derechos se refiere, Laisa?"

"A los de mi reemplazo, por ejemplo, o a lo de mi regeneración orgánica, sin contar varias cosas más que no me importarían en absoluto si no fuera porque sigo trabajando en este maldito planeta. Desde luego, todo ha cambiado con respecto a lo que se me había prometido".

"Todo lo que me dice es preocupante, Laisa. Y estoy seguro de que no es como parece. Puedo intuir que está un poco alterada, y seguro que todo ello contribuye a que lo vea todo de una manera más negativa. No digo que usted no tenga razón, pero me cuesta creer que el Sindicato apruebe un Convenio que perjudique a los trabajadores".

"Pues júzgalo tú mismo. Me ha costado encontrarlos, pero aquí están los artículos del Convenio anterior y del que está en vigor. Y, Yellow, dime si no es verdad lo que digo".

Los archivos enviados de Laisa pasaron por los circuitos mentales de Yellow. Este seguía con la sonrisa perenne estampada en la cara.

"Ya veo a donde usted quiere llegar, señora. Y quiero decirle que, viéndolo desde su posición, no puedo dejarle de darle la razón…"

¡Hombre! Quizá el cabeza-hueca no era tan inútil a pesar de todo.

"…si no fuera porque, a lo mejor, y creo que no me equivoco, usted no está al tanto de toda la información".

"¿De qué me hablas, Yellow?"

"De los problemas que sufrió la Corporación hace algunos años y generó la crisis…"

"No sé nada de ninguna crisis".

“Claro, así se comprende su enfado, señora. Déjeme explicarle, por favor.”

“Sí, cómo no”.

“Hace algunos años, la viabilidad del Computador Interespacial de la Corporación fue puesta en entredicho. Aunque la Corporación es una empresa Privada, como usted ya sabe, necesita de la financiación del Estado Planetario y de diversos inversores independientes para mantener a flote su estructura. La gente que daba el dinero empezó a menospreciar el funcionamiento del Computador. Dijeron que estaba desfasado; que había demasiados fallos en el sistema… En definitiva, dieron un ultimátum a la Corporación: había que actualizar el sistema o el mismo Estado Planetario quitaría la licencia a la Corporación y haría un Computador Interespacial Estatal. ¿Se imagina? ¡Una Empresa Estatal! ¡Vaya locura! ¡A quién se le ocurre semejante estupidez! Desde luego era un farol. Sin embargo, contra todo pronóstico, la Corporación aceptó; pero con la condición de que fuera el Estado el que sufragara casi la totalidad de la remodelación. El Estado aceptó a medias. Dijeron que sólo podrían dar el cincuenta por ciento. No hace falta decir que la Corporación se negó en redondo y amenazó con paralizar el Computador indefinidamente, lo cual nunca llegó a suceder. El Estado y la Corporación se enzarzaron en una disputa que duró años. Todo ello provocó la crisis de la que le hablé anteriormente”.

“¿Y eso qué tiene que ver conmigo, Yellow? No sé nada de política, ni me importa. Yo solo he hecho mi trabajo lo mejor que he podido”.

“Lamentablemente para usted, señora, su trabajo en el BIT tiene mucho que ver con lo que le estoy contando. Y ahora lo entenderá”.

Yellow cerró sus párpados sintéticos durante unos segundos y los volvió a abrir rápidamente. En ese mismo instante, Laisa recibió unos archivos.

Los abrió.

Yellow dejó de sonreír.

Laisa no podía llorar. Pero lo hubiera hecho.

***

Podría haber usado el *clonador*, pero al Inspector le entusiasmaba la réplica del majestuoso espejo victoriano.

Mientras se peinaba, oyó el zumbido del holoproyector principal.

Dejó el peine sobre la encimera de mármol de Carrara. Se ajustó la corbata.

El zumbido cesó.

Cogió el bote de perfume. Se puso unas gotas en las muñecas.

Otra vez el zumbido.

Se restregó una muñeca contra otra, y se las acercó a la nariz.

Olió.

Zumbido. Zumbido. Zumbido.

Mierda, quién coño será ahora.

Salió del baño y agitó una mano en el aire.

Yellow Número de Empleado: 74930926559-VORN Asunto: Conexión Sindical. Destino: La Tierra - Centro del Computador Interespacial - Recursos humanos.

"Tú. ¿Tan pronto?"

"Sí, señor. Ya ha llamado. Y ha sido tal y como usted había dicho".

"Pues sí que se ha dado prisa la muy condenada."

El Inspector sacó de uno de sus bolsillos una pitillera de plata con la cruz gamada serigrafiada. La abrió. Cogió un cigarrillo y, con un Zippo dorado, que previamente había sacado de un bolsillo interior de su chaqueta, lo encendió. Dio una gran calada y exhaló con deleite el humo. Luego miró con dureza al cabeza de chorlito sonriente.

"Espero que no haya ningún problema".

"¡Oh, no! Señor. El número 17284740375-ERJD denominado Laisa, hará su trabajo, se lo aseguro".

"Eso espero. Ya estoy harto de todo esto. Menos mal que es el último".

"¿Cómo dice, Señor?"

"Nada, nada. Cosas mías. Pásame el archivo de la conversación".

Yellow lo hizo.

"¿Algo más, Yellow? Tengo cosas que hacer".

"Nada más, señor".

"Bien. Pues entonces; adiós".

"Adiós, señor".

La cara del imbécil desapareció.

***

El Computador se hubiera desmoronado ¡Y era tan importante! Sin él no habría acabado la Guerra. Sin él seguirían muriendo miles de seres humanos. Sin él, quizás, la humanidad habría dejado de existir. Y yo era un eslabón esencial. ¿Cómo había sido tan egoísta? El BIT era lo más importante. Tenía que estar activo fuese como fuese. Y el Sindicato había hecho una magnífica labor al negociar el Convenio. Sin ellos, ahora Laisa deambularía por un BIT inservible, y estaría pendiente de una posible repatriación a la Tierra, sin reconstrucción orgánica, sin paga de jubilación, sin finiquito, sin nada. O lo que es peor, la Tierra estaría reducida a cenizas, porque al no haber Computador, la Guerra, quizás, habría acabado con ella, y Laisa tendría que pasar el resto de sus días sola, olvidada y abandonada en un planeta metálico y yermo. Sin posibilidad de rescate ni futuro. Sin lugar a dudas, habría sido una desgracia si el Sindicato no llegaba a intervenir. Y pensar que no había confiado en Yellow. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Mis perjuicios me han cegado. Pero será la última vez; lo juro. Ahora lo que tengo que hacer es ponerme a trabajar. ¿Dónde está ese robot? En el hangar 3G, dónde si no. Pues manos a la obra. Tengo que ir a montarlo. Cuanto antes aprenda mejor. Yo saldré de aquí y él se encargará de todo. Sí, desde luego que sí. Tendrá que aprender; y rápido.

Dos circunstancias hicieron que Laisa tardara tres rotaciones, el doble de lo normal, en montar el robot. La primera fue el incomprensible temblor que invadió sus manos metálicas al montar el complejo robot; y la segunda fue la sorpresa al ver la inconfundible media luna dorada de ETO ROBOTICS dibujada en la hermética centralita del cerebro sintético. ¿Sería posible? ¡Un robot artesanal! El maestro Eto había hecho con sus propias manos aquel robot, y ahora ella era la primera y la última persona que ponía las manos sobre aquella obra de arte. Ahora comprendía la seguridad del Inspector. ¡Un ETO! Si había alguien capaz de conseguir hacer un robot que sustituyera a un ser humano en una tarea tan complicada como la de mantener un BIT activo, ese era Eto, sin lugar a dudas.

Las últimas piezas que puso fueron los globos oculares. Hechos de un raro material suave y blando, pero que tenía una robustez incuestionable. Laisa encajó el pequeño conector que sobresalía de la cuenca derecha en un ojo; cogió el otro ojo y lo sostuvo en alto, entre sus dedos metálicos, ensimismada.

Colocó el otro ojo.

Había acabado. Solo le quedaba encenderlo. Pero antes…

Luz negra.

La iluminación cambió.

Caras fantasmagóricas.

Los ojos lloraban luz; y en medio de la pupila robótica, la marca de Eto, la media luna dorada.

Clonador cara.

Su etérea faz gravitaba inerte delante de ella. Sus apáticos ojos no reflejaban absolutamente nada. ¿Quién los habrá hecho?, pensó Laisa. ¡Ojalá me hubieran dado unos ojos hechos por Eto! ¡Son tan bonitos! Aunque, por otro lado, ya da lo mismo, ¿no?

A una orden de Laisa la luz cambió y su cara holográfica se desvaneció.

***

Desde los pozos insondables en que se habían convertido sus ojos a lo largo de los años, Eto miraba la magnífica esfera azul. Allí, en el privilegiado mirador de la mastodóntica cúpula lunar, sus manos agrietadas sostenían componentes electrónicos y minúsculos cables de interconexiones de *buses* cerebrales sintéticos. Desvió la mirada hacia otra parte del firmamento, donde la oscuridad insondable sólo era delimitada por los débiles destellos de estrellas distantes.

Suspiró.

Echó un vistazo a las decenas de pantallas holográficas que lo rodeaban. Los robots, hechos con sus propias manos, deambulaban por el satélite terrestre como hormigas encima de un animal muerto.

El holoproyector principal zumbó.

Eto se levantó como si le pesara toda la vida.

Contestó.

No le cogió por sorpresa ver al Inspector.

***

Despierta.

“Hola. ¿Cuál es tu nombre?”.

“Laisa Número de Empleado: 17284740375-ERJD”.

“Hola, Laisa. Soy Sismene Número de Empleado: 84390284903-XJFG”.

“Encantada, Sismene”.

Los movimientos de Sismene eran tan suaves, tan rítmicos, que Laisa quedó hipnotizada al instante. ¡Dios, qué maravilla de robot! Mira su cara. ¡Qué expresividad! Mira sus manos. ¡Qué bonitas! Mira el brillo de sus ojos. ¡Qué vida! Sí, porque parece que está vivo. ¡Más vivo, incluso, que yo misma!

Y sus ondas cerebrales son fantásticas, maravillosas; llegan potentes y límpidas. Me pregunto qué tipo de filtros llevará…

“Necesito ir al Núcleo, Laisa”

“No, Sismene, creo que lo mejor será que primero vayamos a la sala del Computador Principal. Sólo desde allí se puede acceder a los archivos principales del BIT”.

“No necesito esos archivos, Laisa. Sólo necesito ir al Núcleo”

“Pero…”.

“No, Laisa, hazme caso. Será la manera más rápida de todas. Dime cómo puedo llegar al Núcleo”.

“Está bien, tú sabrás lo que haces. Pero mejor iré contigo”.

“Como tú quieras, Laisa”.

Laisa y Sismene se acercaron a la pequeña plataforma. Un círculo rojo los rodeó.

Desaparecieron.

Instantes después, el BIT dejó de latir para siempre.

***

—Hola, Eto.

—¿Qué es lo que quieres? Te dejé bien claro que no iba a trabajar más para vosotros.

—¿Es esa manera de contestar, Eto? La edad te ha agriado el carácter.

—¡Y una leche! ¡Contesto como me da la gana!

—Pero, ¿que daño te hemos hecho, Eto?

—Lo sabéis de sobra.

—Lo único que sé es que gracias a nosotros eres más rico que hace…

—Os podéis meter el dinero por donde os quepa. Tú bien sabes que no hice el trabajo por dinero. Fue un chantaje.

—¡Chantaje! ¡Qué palabra más fea! ¿No crees?

—¿Te parece que amenazarme explícitamente con expropiarme mi satélite no fue un chantaje?

—No, Eto, siempre lo has entendido mal, desde el principio. Gracias a nosotros el Estado Planetario te concedió una prórroga de otro milenio. Nosotros somos los buenos; ellos los malos. ¿Recuerdas?

—Y una mierda. Vosotros sois el Estado Planetario. ¿A quién queréis engañar? Todo el mundo lo sabe.

—Eto, Eto, Eto… Con esa actitud no llegarás nunca a ninguna parte.

—Tú crees que me importa eso a mi edad. Y ahora, dime qué coño quieres.

—Sólo era para contarte que el último BIT ha sido eliminado. La reestructuración del Computador Principal ha sido completada. ¡Felicidades! Tu último robot ha hecho su trabajo a la perfección.

—¿Felicidades? ¡Serás mal nacido! ¿Me llamas para decirme que mi último robot ha volatilizado un planeta?

—Exacto. ¿A que es maravilloso? Tengo que reconocerlo, Eto. ¡Vaya obra de ingeniería esa bomba robot que ideaste!

—Y la última, de eso sí que estoy seguro. Destrozar un robot tan precioso por… ¡Joder! casi ni me lo creo.

—No había elección, Eto. La reestructuración era necesaria. Los beneficios mandan, ya sabes cómo funcionan las Empresas. ¡Qué te voy a contar a ti, si diriges una!

—¡Qué me importan a mi tus puñeteros beneficios! ¿Sabes cuánto tiempo se tarda en hacer e idear una de esas maravillas? No, claro, no tienes ni idea, ni te importa. Esos robots se construyeron con fines militares; para defendernos de una posible guerra, ¿entiendes?, no para destruir planetas

por capricho.

—La verdad. Sólo te llamaba de parte de la Corporación para felicitarte, nada más; pero ya veo que ha sido un error.

—No lo dudes ni por un solo instante.

—Bueno, pues… qué pena. Me hubiera gustado seguir hablando contigo. Es difícil encontrar, hoy en día, alguien que no esté *chipeado*. Pero no te lo tomes como algo personal, Eto. Sólo estoy cumpliendo con mi trabajo.

—Sí, por supuesto. Tu trabajo. ¿Cómo no?

—Adiós, Eto. Siento haberte molestado.

El Inspector desapareció.

Eto, por un momento, se quedó quieto, allí, en la penumbra, como una estatua de sal, con las manos llenas de componentes electrónicos y la mirada puesta en el infinito.

Una sonrisa iluminó su rostro.

Se preguntó qué pasaría cuando el Inspector se viera al espejo y encontrara en el fondo de sus pupilas una media luna dorada bañada de luz negra.

Sergio Sangiao Filgueira nació el 22 de noviembre de 1976 en Vigo (España). Es técnico electrónico de comunicaciones. Durante once años trabajó en mantenimiento industrial electrónico para una empresa automovilística. Actualmente es funcionario. Entre sus autores favoritos de ciencia ficción menciona a Philip K. Dick, Isaac Asimov y Ray Bradbury.

Hemos publicado en Axxón: LA MUERTE S.A.

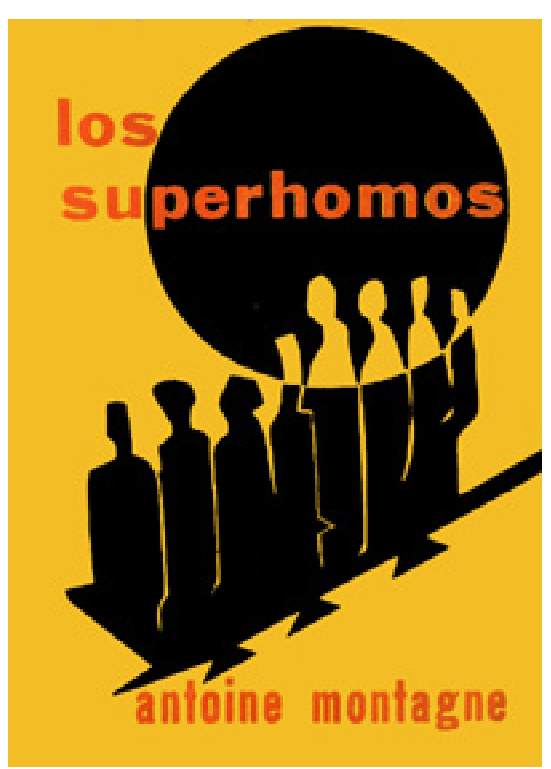
Axxón 234 - septiembre de 2012

Cuento de autor europeo (Cuentos : Fantástico : Ciencia Ficción : Distopía : Robots, ciborgs : España : Español).

Antonio Montero. El último clásico vivo de la ciencia ficción chilena

Alberto Sepúlveda

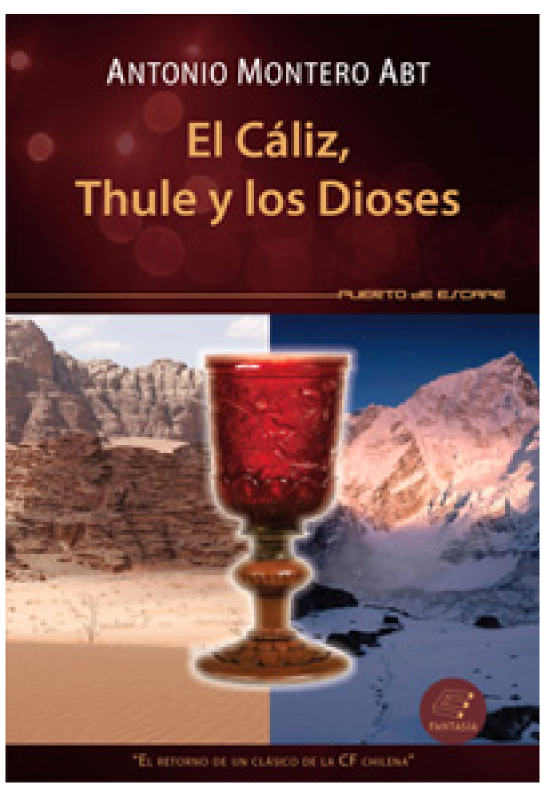
CHILE



Los superhomos

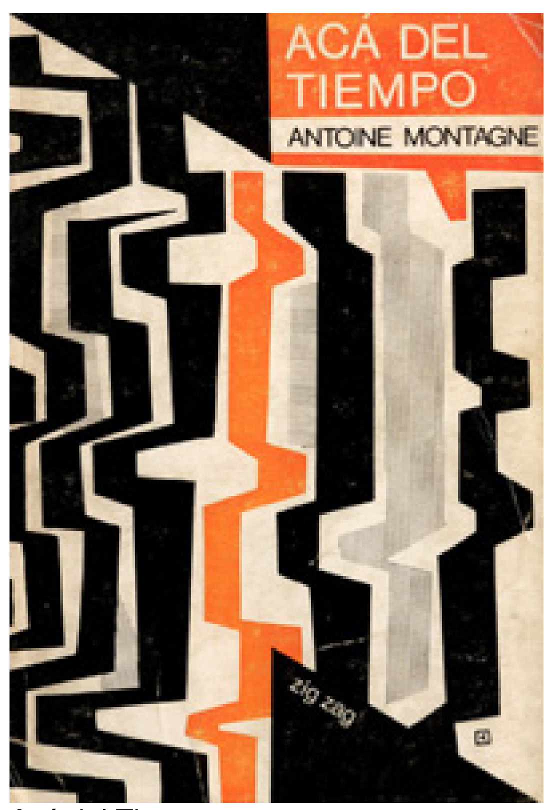
Las profundas transformaciones que sufre la vida común de un hombre sometido al encuentro con la fantasía, lo inesperado o derechamente, lo imposible, es el tema central en torno al cual giran las obras de **Antonio Montero Abt** (Valdivia, 1925) quien con su última novela, "*El Cáliz, Thule y los Dioses*" (Puerto de Escape, 2012) ha inaugurado la colección *Ciudad de los Césares*, que pretende rescatar las obras y autores clásicos de la ciencia ficción chilena. Y qué bien merecido honor, pues este autor, junto a Hugo

Correa y Elena Aldunate, representa el momento más alto de este género en nuestro país, allá por los años 60 - 70. Pues Montero fue un prolífico narrador de ciencia ficción, género que lo cautivó a raíz de sus años de permanencia en Francia durante la década del 60, como él mismo declarara a la prensa de la época. Y así dio a conocer sus novelas “*Los superhomos*” (1967) y “*Acá del tiempo*” (1969) y sus cuentos “*No morir*” (1971) que conforman una trilogía hecha y derecha de un autor —hoy clásico— que luego abandonaría la escritura a raíz del golpe militar. Pero a fines de los 70 decidió enmendar rumbos más realistas, como él mismo dijera: “*Me di cuenta de que la ciencia ficción era una veta que había explotado mucho. Me interesé por escribir mejor sobre lo que nos ocurre a los seres humanos sobre la tierra*“. Pero siempre mantuvo esta veta fantástica, apareciendo de tarde en tarde sus cuentos en revistas y antologías del género, hasta ser incluida en la exhaustiva compilación “*Años Luz*” (2006) de Marcelo Novoa que, digámoslo de paso, le canonizó definitivamente junto a los demás próceres allí incluidos.



El Cáliz, Thule y los Dioses

Por ello, es de extrañar que su actual obra, "*El Cáliz, Thule y los Dioses*" (PdE 2012), no haya logrado capturar la atención de la prensa especializada que hoy crece en nuestro país, al amparo de nuevos autores "protegidos" de casas editoras internacionales. Hecho inédito en el mundillo del fandom local y que parece haber cerrado las puertas para ingresar nuevas voces, y menos, rescatar las más nítidas de nuestro reciente pasado futurista. Así, la única recepción crítica de nuestro autor es un severo juicio de un bloguero, quien sin testigos (sus obras anteriores) ni abogados (los reconocimientos a los que he hecho mención), sólo concluye en una ejecución sumaria: *Entretiene, pero no es de mi gusto…* Y aquí nos detendremos un microsegundo para encender las luces de alarma de una nueva mutación en la de por sí fusionada raza del fandom en Chile, y es aquella que abomina de todo aquello producido en nuestro país y que no cuadre con sus gustos. Siendo que, estos mismos lectores —guetos al interior de un clóset aún más hondo— no hace mucho, ansiaban que más plumas nacionales escribieran fantasía… *Oh juventud / Divina juventud*, como diría el poeta hace eones desaparecido, nada es más volátil que los juicios lectores adolescentes, que desaparecerán junto con la edad que no puede volver atrás…



Acá del Tiempo

Así pues, en una entrevista a Antonio Montero, firmada por Juan Araneda (aparecida en http://www.puerto-de-escape.cl/2008/especial-de-antonio-montero/), el crítico afirma que nuestro autor es un "*destacado escritor de ciencia ficción. Con más de cuarenta años de trayectoria, nos ha deleitado con historias donde la luz y la oscuridad se funden en una paleta única…"* y no podemos estar más de acuerdo, pues su prosa es luminosa, aún tratando temas escabrosos o derechamente inaceptables, como veremos a continuación, en la revisión somera de sus obras más importantes.El mismo Araneda dirá sobre la novela "Acá del tiempo": *"… pretende ser una novela de planteamiento; afortunadamente lo logra. Mejor aún, no apela a la cátedra; es entretenida de cabo a rabo…".* Y ése es justamente uno de sus valores, que hoy por hoy la nueva crítica fantástica chilena no puede leer con claridad sobre su obra. Pues ser entretenido hoy significa más ser violento, morboso o derechamente farsante. Y entonces, una obra que respeta los cánones clásicos de la escritura y que no entorpece sus tramas con escenas accesorias de acción, violencia o sexo, sino todo lo

contrario. Pues, finalmente, Antonio Montero mismo ha declarado: “*La literatura debe ser amena y tiene que atrapar al lector*“. Y sus creaciones, incluyendo la actual, “*El Cáliz, Thule y los Dioses*“, recrean mundos ordinarios sometidos a fricciones extraordinarias, colocando a sus personajes en medio de una atmósfera que siempre discurre diáfana entre la ficción, la realidad y el suspenso de nunca saber cómo acabarán estos acontecimientos insólitos narrados con muy buena mano.

Vamos, entonces, a la novela que aquí nos convocó a tan encendida defensa: “*El Cáliz, Thule y los Dioses*“, de Antonio Montero, quien con ágil y segura escritura, nos sumerge en una intriga internacional, o más bien, universal por la intervención de seres superiores extraterrenos, al tiempo que nos pasea por el mundo (desde el desierto del Sinaí a la Bahía de Hudson en el Polo Norte) y, a la vez, por la historia antigua conocida y desconocida. Pues nos remontamos a los orígenes de la Biblia, del judaísmo y de otras remotas religiones antiquísimas, que remiten a la existencia de divinidades tan poderosas como olvidadas, que han decidido actuar en el tiempo presente modificando para siempre la vida de sus protagonistas: una arqueóloga y un librero de antigüedades, quienes se entregan a la aventura de sus vidas, igual que nosotros los lectores, quienes sucumbimos al poder de atracción de esta novelita breve y feliz que no finaliza sino cuando volteamos la última página. Y esto no es poco decir, hoy por hoy, frente a mamotretos insufribles, que la publicidad y el marketing nos venden como “clásicos instantáneos” pero que enladrillan tiendas de retail y supermercados.

Alberto Sepúlveda es corredor de propiedades y lector “in fabula extremis” de la literatura de ciencia ficción escrita y producida en Chile. Ha colaborado en el pasado con sitios especializados como Puerto de Escape, Poliedro, Sitio de CF y Axxón.

Axxón 234 - septiembre de 2012

Artículo de autor latinoamericano (Artículo : Literatura : Fantástico: Autores : Chile : Chileno).

Ha muerto Brownhair

Claudio G. del Castillo

CUBA

Era día de atabales, trompetas y pendones en el Castillo de Maraduk; día de celebración. Y sobraban los motivos para ello. La víspera, la caballería del rey Acton había hecho añicos a las huestes del temible Grull. Cien veces cien jinetes con sus lanzas dieron la estocada mortal a los orcos del Nigromante Negro, arrinconados por la infantería en el Valle de Kudaram desde hacía muchas lunas. De poco o nada le valió a Grull emporcar calderos con brebajes para infundir arrojo, invocar mantícoras de plumas envenenadas o expeler su terrorífico "Aliento de Terror". Cuando la caballería de Maraduk embestía, ni las montañas le suponían un freno.

En el salón del trono el octogenario monarca agasajaba a una nutrida delegación proveniente de cada rincón de sus dominios, que al concluir la batalla decisiva, se habían extendido más allá de los Campos Verdes y el Desierto Pelado hasta abarcar la Jungla Tupida y el Río Proceloso. Duques, marqueses, condes y mercantes venían a rendirle pleitesía por su legendario triunfo.

No faltaban los miembros de la corte, desde luego. A pesar de su ceguera avanzada, Acton adivinaba a su diestra la reluciente armadura de Sir Peter Jeter, *magister equitum* del ejército y artífice principal de la victoria. El joven se había convertido en el héroe del momento, en el favorito indiscutible del rey. Detrás del caballero, a juzgar por el sombrero de colores que adornaba su cabeza calva, estaba el chambelán Stoneheart… No, Sidoret se llamaba ese adulón, quien prefería vestir cual mujer y cual mujer se portaba.

Acton no pudo contener un acceso repentino de ira y un hilo de baba fluyó de sus labios, arruinando el impecable grana de su manto. Al ver esto, el chambelán empujó a Sir Jeter y, eludiendo una zancadilla del caballero, se aproximó raudo al monarca y limpió el estropicio con un pañuelo bordado de margaritas.

¡Que se lo trague la tierra!, gruñó Acton para sus fueros.

Después aguzó el oído izquierdo (el que le quedara sano cuando, medio

siglo atrás, en combate singular, Grull le lanzara aquel *deflagreichon timpanatus* y un providencial taco de cerilla lo librara de la sordera total). Mezclados con el ruido de la multitud que se agolpaba en torno a las mesas del banquete, destacaban el "Aproveched, bebaos" de ese borrachín del senescal Stoneheart… ¡no, no!, Falgland… así como los chillidos histéricos de las cortesanas, que se peleaban por colmar de vino las jarras de los mancebos más ilustres o, simplemente, de los más guapos.

Urracas. Jamás se compararían con mi difunta Magritte.

También hacían bulto el capellán, el intendente, cinco ujieres, tres bufones y una docena de orcos (capturados en guerras pretéritas, dóciles ya y debidamente higienizados) cuya función era evitar que se vaciaran las escudillas. Sí, estaban todos, pues solo faltaba Walter y dos guardias portando alabardas le acababan de abrir la puerta. El príncipe heredero recorrió con andar cansino la alfombra que terminaba a los pies de Acton, y quiso honrarlo con una genuflexión que un seco *crac* detuvo a medio camino:

—¡Gloria, Señor de Ambos Mundos! ¡Salud, Némesis de Grull!

—Deja de comerte los mocos, Walter. Ven, siéntate a mi lado —dijo Acton, y mostró las encías.

Walter se derrumbó en la poltrona que un orco se apresuró a colocar a sus espaldas, gesto que el príncipe agradeció:

—Que tu sarna remita en breve, Creepyface —y luego—: Se te extraña por mi villa, papá. Estarías muy ocupado, sin duda.

—Tuve que confinarme para limar detalles de la reciente campaña. Las guerras no se ganan por sí solas, niño mío. Deberías tomar nota de esto si quieres reinar un día.

Walter le obsequió a Acton una sonrisa tan escasa en marfil como la de éste, matizada por un toque de amargura:

—Reinar es una ambición con la que no pierdo el sueño hace tiempo, la verdad. Y me parece que va siendo hora de que dejes de llamarme "niño". Si la memoria no me falla cumplo cincuenta y nueve el mes entrante. Por cierto, ha muerto Brownhair. No es la gran desgracia, pero creí que te gustaría saberlo.

—¡¿Que qué?! —Acton miró a Walter, lívido. Sus dedos se crisparon sobre el áureo apoyabrazos del trono, las flácidas arrugas de su cara se estremecieron, otro hilo de baba…

¡Ha muerto Brownhair!, pensaba. *¡Brownhair ha muerto y "no es la gran desgracia" dice este imbécil, con la ecuanimidad con que un orco se*

arrancaría una saeta del pecho! ¡Muerto el corcel que me asistió en mil batallas y "creí que te gustaría saberlo" es la conclusión de este cretino! ¡Ay, Brownhair! ¡Ay, mi corcel!

—¿Cuándo ha ocurrido? —logró pronunciar Acton.

—Esta madrugada fui a los establos y ya las moscas profanaban su cuerpo.

Las lágrimas empaparon las mejillas del anciano (el más anciano, o sea, el rey):

—Haz traer su cadáver de inmediato. Quiero darle mi último adiós.



Ilustración: Pedro Belushi

—Imposible —dijo Walter, y tomó un ala de pollo de una fuente que le extendía solícito Creepyface—. Mandé descuartizarlo para saciar el hambre a los podencos de acá, mi entrañable amigo y vecino Peter.

—¡Que me trague la tierra! —rugió Acton, y los presentes en el banquete hicieron silencio, excepto el senescal:

—¿Por qué paráis? ¡Atored, comaos!

Un bufón se atrevió a propinarle un codazo en el estómago a Falgland y solo entonces este se calló, aunque sin alcanzar a entender de qué iba el asunto. Acton le ordenó a un soldado que lo ayudara a incorporarse y, señalando a Walter con un dedo tembloroso rematado por una uña curvada y gruesa, le espetó:

—Hijo, te obsequié a Brownhair hace cuánto… ¿quince años?

—Diez, papá.

—¿Seis? Juraría que más. En todo caso, lo hice con el objetivo de brindarle tranquilidad al amparo de la vida sedentaria que llevas, después de servirme bien casi tres décadas.

—¿Ajá? —se limitó a proferir Walter, sin que pasara por su mente aclararle a su padre que de nada le valía jugar al intrépido ante un pueblo que nunca gobernaría.

—Tu actitud para con él en su viaje póstumo es inaceptable. ¡Mira que ofrecerles su carne a los perros!

Walter y Sir Jeter se encogieron de hombros. El príncipe dijo:

—En realidad, carne, lo que se dice carne… tampoco es que le sobrara. Al morir, Brownhair era un cuero de vino vacío.

—¡No lo alimentarías adecuadamente! —explotó Acton—. ¿Le dabas heno fresco por las mañanas?

—Y en ocasiones por las tardes. Pero la mayoría de las veces comía los desperdicios de mi propia mesa. Y te garantizo que eso lo hacía más feliz.

—¿Sancocho? ¿Alimentaste a Brownhair a base de sancocho?

—Pitanza más nutritiva no le das tú a tus orcos.

—¡Bfff! —bufó Acton—. ¿Y hembras? Brownhair no podía pasarse sin ellas o se deprimía, como cualquiera.

Walter respondió, exasperado:

—Para tu conocimiento, papá, te diré que Brownhair mismo se agenciaba hembras que ni a mí, el príncipe heredero, han brindado sus favores. Y de ello darán fe las cortesanas aquí presentes.

Al oír a Walter, tres o cuatro señoritas se ruborizaron. Lady Heidi, la hermana de Sir Jeter, suspiró:

—¡Tan bruto, tan salvaje, tan… tan…!

Joven, su actitud es poco menos que reprochable, iba a decir Acton, pero lo pensó mejor. Y es que de repente lo había invadido cierto orgullo, pues que una dama de tan noble cuna se atreviera a yacer con su querido Brownhair… Además, sería una pésima política alentar el descontento del caballero que afianzaba su trono con la punta de su lanza. No obstante, el íntegro Sir Jeter se hizo eco del primer razonamiento de Acton, si no letra por letra, al menos en cuanto a intención se refería:

—¡Hermana, eres una puerca! ¡Te retiro la pensión! —barbotó, alzando una mano enguantada en hierro.

Y a punto estaba lady Heidi de añadir a la pérdida de su oro la de su dentadura, con mandíbula incluida, cuando Walter intercedió:

—No vale la pena, compañero. No es un secreto que las mujeres se sienten atraídas por lo que huela a retorcido.

—¡Pero fornicar con una bestia, un animal…! Eso transgrede las fronteras del libertinaje más insano.

—¡Cuida tus palabras, memo de hojalata! —le gritó Acton al caballero, que nunca había escuchado de labios del monarca ofensa alguna. Los invitados contemplaban la escena, atónitos—. Brownhair sería una bestia, un animal, pero de una bravura que no sobrepasan los tragaldabas que abarrotan este salón. Me sorprende que tú, *magister equitum* del ejército, te expreses de esa forma.

Sir Jeter se quitó el yelmo de un tirón, descubriendo su abundante cabello lacio y unos ojos que despedían fuego. Y sujetando al rey por el manto, lo alzó en vilo y lo sacudió como un niño a una mata de ciruelas:

—¿Memo de hojalata? ¿Memo de…? ¡Repite lo que has dicho, viejo babazas, y mi lanza te reunirá en el infierno con tu Magritte, que debe de estar tiesa esperándote!

—¡Eme-e-eme…!

—Calma, por favor, calma —Walter separó a los beligerantes y se dirigió a su padre—: No comprendo por qué exaltas con tanta pasión las virtudes de Brownhair. A fuer de ser sincero, no era bravo en lo absoluto. De hecho, la única vez que me animé a ir a la guerra (las huestes de Grull asediaban la frontera norte, y tengo una propiedad valiosa por allá) me traje a Brownhair para que acarreara la impedimenta, y no bien las primeras saetas volaron sobre nuestras filas, éste salió a la desbandada obligándome a ir tras él… Para recuperar mi escudo y mi maza, claro.

—¡Que la peste de los Pantanos Pútridos devore tu lengua mendaz, Walter! —vociferó Acton—. Debes saber… Todos deben saber que cuando Grull despertó al dragón de las cavernas, harán treinta años, no fui yo quien lo venció, aunque de tal presumí. Sí, lo admito, mi alma desfalleció al sentir en mi rostro el hálito ardiente de la bestia. A Brownhair debo la salvación de mi pellejo y mi honor, pues cargó contra ella haciéndola despeñarse por un barranco.

—El pánico lo induciría a correr en la dirección equivocada —murmuró Sir Jeter.

—¡Te oí, te oí! —Acton tenía su oído izquierdo atento a cualquier insinuación del caballero—. ¡Sidoret, Falgland!

El chambelán, que no se había apartado del rey, se prosternó y besuqueó los dedos de sus pies, que emergían cual cabezas de tortuga de sus sandalias. Y el senescal, que no se había dado por enterado, recibió otro codazo del bufón, que le estaba cogiendo el tranquillo a la cosa.

—Sidoret, Falgland, ustedes son mis consejeros. ¿Qué castigo merece aquel que así desbarra de Brownhair? ¡Hablen sin miedo!

Que me engulla un troll si recuerdo a Brownhair, pensaba Sidoret; hasta que hallar una respuesta dejó de importarle. La ocasión se pintaba única para dar un escarmiento a ese arrogante de Sir Jeter, a quien el populacho prefería por encima de él, y con creces.

—Merece la muerte, cariño —sentenció—. Nada menos.

—¿Falgland? —el rey se inclinó hacia el senescal.

¿Brownhair? ¿Quién es Brownhair? ¿Qué han dicho de él? ¿Y quién ha fuido?, se preguntaba el alcoholizado senescal.

—¡Prendadlo, ajusticiedlo! —hipó, secundando al chambelán por si las moscas.

—No irás a hacerle caso a estos idiotas, ¿eh, papá? —Walter no ocultaba su consternación al ver los derroteros que había tomado un acontecimiento, a su juicio, sin importancia.

Pero ya el rey se ajustaba la corona, un gesto habitual cuando se disponía a emitir un comunicado de especial gravedad:

—Sir Peter Jeter, por tu soberbia arderás en la hoguera. ¡Y arderás ahora! ¡Guardias!

Ting, ting, clank, resonaron las armaduras de los soldados al ponerse en firmes y bajar las alabardas, en clara señal de que no se moverían de su sitio para ejecutar la orden. Una orden que había arrancado los más agrios comentarios a los invitados, exclamaciones de estupor a los miembros de la corte y un *¡Toma!* a Lady Heidi.

—Paga doble una semana y tres días de pillaje en la fortaleza de Grull para quienes…

Clank, ting, ting, armaduras, alabardas y Sir Jeter salió escoltado por una turba de metal camino a la hoguera.

—Papá, te desconozco —dijo Walter—. No te creí capaz de semejante injusticia.

—Mi pequeño, sostener esta corona me ha llevado algo más que tener grandes las orejas. Un monarca no debe arredrarse ante la posibilidad de que un allegado lo traicione. Es evidente que Grull, avizorando su ocaso inminente, conjuró un demonio que tomó posesión del fiel Sir Jeter, instándolo a proclamar sinsentidos y arremeter contra su soberano.

—Pues entérate: Peter no ha manifestado nada con lo que yo no concuerde plenamente. Así que haz disponer otro hato de leña. —Walter inflamó el

pecho—: ¡Arderé con él!

Las duras facciones de Acton se suavizaron:

Qué rápido crecen. Recién ayer persiguiendo tomeguines en el jardín y hoy dispuesto a inmolarse por un amigo en desgracia.

—No, Walter, tu destino es permanecer a mi lado, beber del manantial de mi sapiencia y reinar cuando yo no esté. ¿O imaginas que viviré para siempre?

—Como vivas un lustro más, el que no estará seré yo —se le escapó a Walter y se puso tenso. Rogaba porque Acton no hubiera escuchado sus estúpidas palabras, en virtud del aún más estúpido ofrecimiento de sacrificio que hiciera con anterioridad motivado por… Se tocó la frente; estaba hirviendo.

Fiebres, ya sabía yo. Necesito una buena sangría.

—En cuanto a lo sucedido con Brownhair y aunque de mal grado, te perdono. No puedo darme el lujo de sumar la pérdida de mi hijo a la de mi adorado corcel —dijo Acton, y enseguida inquirió—: ¿Qué te ocurre? —Walter estaba amoratado y se ventilaba la cara con ambas manos—. Sería el exceso de pollo, no has dejado de picar mientras conversábamos… Resumiendo, lo pasado, pasado. Eso sí, alguien pagará por tus faltas. Mandaré decapitar y echar sus despojos a mis perros al mozo de cuadras que te cedí con Brownhair para que lo atendiera en los establos. —Walter articulaba sin poder hablar—. Sí, mi niño, aquel orco viejo y enfermo que me sirvió leal durante años; esa bestia, ese animal… ¡Cachis!, he olvidado su nombre…

—¡Brownhair, papá! —gritó el príncipe—. ¡Su nombre era Brownhair!

Parpadeando, el rey miró hacia la ventana por donde se colaba el guerrero insignia de Maraduk, Sir Peter Jeter, estrenando su nueva apariencia: la de un humo negro y espeso que olía fatal. Y un hilo de baba fluyó de sus labios:

—¡Trágame tierra, que mi corcel se llama Stoneheart!

Claudio G. del Castillo (Ajimalayo) nació el 13 de septiembre de 1976 en la ciudad de Santa Clara, Cuba. Es ingeniero en Telecomunicaciones y Electrónica y tiene un diplomado en Gerencia Empresarial de la Aviación. Actualmente trabaja en el aeropuerto internacional Abel Santamaría. Es miembro de los talleres literarios Espacio Abierto y Carlos Loveira. Integrante de la Red Mundial de Escritores en Español (REMES). Alumno del curso online de relato breve que impartiera el Taller de Escritores de Barcelona en el período junio/agosto de 2009.

Ganador del I Premio BCN de Relato para Escritores Noveles (España) en 2009. Mención en la categoría Ciencia Ficción del I Concurso

de Fantasía y Ciencia Ficción Oscar Hurtado 2009 (Cuba). Tercer Premio del Concurso de Ciencia Ficción 2009 de la revista Juventud Técnica (Cuba). Finalista en la categoría Fantasía del III Certamen Monstruos de la Razón (España). Premio en la categoría Fantasía del III Concurso de Fantasía y Ciencia Ficción Oscar Hurtado 2011 (Cuba). Finalista en la categoría Terror de la IV Muestra Cryptshow Festival de Relato de Terror, Fantasía y Ciencia Ficción (España). Primera Mención en la categoría Cuento del Festival del Humor Aquelarre 2011 (Cuba). Finalista en el IX Certamen Internacional de Microcuento Fantástico miNatura 2011 (España). Mención en el Concurso La Casa Tomada 2011 (Cuba). Tercer Premio en el III Concurso La cueva del lobo (Venezuela). Segundo Premio en el Concurso de Ciencia Ficción 2011 de la revista Juventud Técnica (Cuba). Primera Mención en la categoría Ciencia Ficción del IV Concurso de Fantasía y Ciencia Ficción Oscar Hurtado 2012 (Cuba). Premio en las categorías Cuento y Guión Inédito del Festival del Humor Aquelarre 2012 (Cuba).

Ha publicado sus cuentos en Próxima, Axxón, miNatura, Korad, Juventud Técnica, Guamo, Isliada, Qubit, Cuenta regresiva, NGC 3660, La cueva del lobo, Cosmocápsula, Cryptonomikon 4 (antología), Tiempo Cero (antología), Terapia de progresión y otros cuentos (antología) así como en los blogs del grupo Heliconia.

Hemos publicado en Axxón numerosas ficciones breves, además de: K/T, ESCENARIO 0: VALLE DE CHESSICK, ESCENAS DE LA PRESIDENCIA y ¡ESTÁN AQUÍ!.

Axxón 234 - septiembre de 2012

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Fantasía épica : Humor : Cuba : Cubano).

Para verlos volar

Juan Manuel Valitutti

**ARGENTINA**

Mienten los que declaran que Narhitorek nunca amó.

Narhitorek, el Sin Sombra, amó con devoción. Era una joven mujer que, como tantas otras, había muerto a manos de Kunho, la de los pérfidos ojos.

Cada noche de luna, la cruel reina de Effirán, convencida de que la sangre de las jóvenes vírgenes le prodigaba la eterna juventud, enviaba a sus esbirros devotos a los pueblos aledaños en busca de los recursos humanos con los cuales concretar sus ritos propiciatorios. Y cada noche de luna, luego de desmembrar salvajemente a sus víctimas, Kunho hincaba los dientes en los lozanos corazones en busca de la ansiada perpetuidad.

No mienten, en cambio, los que aseguran que a Mareth Kal Anhet —reino de la despiadada bruja— llegaban muchos caminantes procedentes de los cuatro vientos del Orbe. La de los pérfidos ojos los recibía con la esperanza de que alguno de ellos, oriundo de tierras remotas, le revelase algún nuevo conocimiento sobre el arte de la longevidad. Los aventureros que penetraban en sus dominios perseguían el infinito caudal de piedras preciosas que, según la leyenda, la mujer atesoraba en las profundidades de su fortaleza. Sin embargo, la promesa de riquezas se desvanecía ante ellos, al tiempo que la sonrisa anhelante de Kunho se trocaba en una mueca de desprecio, tan pronto se constataba la falsedad de los axiomas presentados. La tortura era una de las especialidades de la regidora, de manera que no pocas veces los muros de Mareth Kal Anhet amanecieron con los cuerpos deshechos de los advenedizos.

Un día llegó un embozado que decía ser poseedor de los secretos de la vida eterna.

—Como tantos otros… —bostezó la vil Kunho.

Pero los magos y consejeros del reino le refirieron a la entronizada los portentos admirables que el extraño había realizado para ser admitido en la corte.

—¡Ha levitado, Su Excelencia —dijo uno de los testigos—, y ha volado en torno a las almenas!

—¡Ha convocado demonios que aparecieron burlándose con sus morisquetas, para luego desvanecerse en una niebla henchida de rumores! —aseguraron otros.

E incluso Seff, el eunuco predilecto de la soberana, se había acercado con los ojos abiertos de par en par para acotar:

—¡Y es guapo, Su Excelencia!

Kunho bostezó nuevamente y batió palmas.

La música cesó y los rumores de los cortesanos se apagaron. Los ojos se concentraron en la entrada de la cámara real.

Un hombre oscuro avanzaba por la excelsa nave.

El hombre se acercó hasta el estrado y ensayó una contundente reverencia.

Siguió un silencio opaco y tenso.

Kunho estudió al extranjero y, por último, le hizo una seña a Seff. El eunuco salvó los escalones que lo separaban del trono y se hincó de rodillas para prestar oídos a su Señora:

—¿El recién llegado —indagó Kunho—…*habla*?

El eunuco pestañeó ante el inesperado interrogante real e, inmediatamente, echó un vistazo por sobre su hombro.

Se adelantó hacia el desconocido con un gesto grandilocuente.

—Su Excelencia está ansiosa, por supuesto. —Miró al hombre que esperaba envuelto en sombras—. ¡Con gusto prestará oídos a lo que tenga que decirle!

El extraño apartó su capa y levantó la vista.

—Su Majestad —empezó—, no la haré perder el tiempo con estúpidos sofismas. Soy un mago que ha hecho un trato con los poderes del Orbe, de manera que puedo obrar portentos impensables para otros. Sin duda, Su Señoría ha oído hablar de las tierras de Akaria, ¿no es así?

Así era, en verdad. En su voraz búsqueda de la vida eterna, Kunho había llegado a ser una instruida lectora. Las estepas akarianas atesoraban una prenda exquisita: la extraña ave llamada Torak, que, según narraba la leyenda, prodigaba la inmortalidad.

Kunho, no obstante, objetó:

—Es imposible acceder a las estepas akarianas, caminante, porque es un espacio que existe en otra dimensión. —La bruja batió palmas—. ¡Apresadle!

Dos corpulentos guardias de cofias empenachadas acudieron prestos al

mandato de su Señora. Asieron por los brazos al embozado y se limitaron a esperar órdenes.

Pero pronto los invadió un frío de muerte… Los empenachados se miraron entre sí y miraron con pavor al reo, no como si flanquearan a un hombre, sino a alguna clase de demonio primigenio.

El embozado tenía los ojos clavados en lo alto del estrado regidor.

—Si tan solo Su Majestad me permitiera demostrarle… —se limitó a decir con serenidad.

Los guardias dirigieron la vista suplicante hacia Kunho. El frío que sintieron tan pronto aferraron los brazos del desconocido comenzaba a perlar de blanco sus rojas barbas.

Kunho estudiaba la escena con creciente interés. Buscó los ojos de Seff, el eunuco, y éste le dedicó un gesto inapelable.

—¡Bien! —accedió Kunho—. ¡Libérenlo!

Los guardias obedecieron de buena gana. Se miraron las manos trémulas, y se separaron del extraño convenientemente.

—¡Ahora mírame, caminante! —dijo Kunho—. ¡Te desollaré vivo si te atreves a engañarme, así que haz lo que debas hacer o sufre las consecuencias de tu atrevimiento!

El embozado adelantó la mano abierta. Pronunció una baja letanía y sobre la palma de la mano reverberó una luz. Los testigos cercanos se apartaron espantados, trazando un círculo en torno al extranjero. La luz creció en intensidad hasta que devino en un óvalo suspenso en el aire, largo y ancho como un hombre.

El hechicero separó la vista de su obra y se limitó a esperar la venia real.

Kunho se adelantó:

—¿Qué es? —preguntó.

—Una puerta, Su Majestad —fue la respuesta—. Tan pronto la cruce, usted se hallará en las estepas akarianas.

Kunho miraba el óvalo de destellos punzantes. Con un gesto consultó al silencioso Seff, quien le dio a entender que tomara precauciones.

La reina batió palmas, y una doncella se aproximó.

—Mande, Su Excelencia —pronunció la esclava, con una inclinación de la rapada cabeza.

—Te ordeno que traspongas el umbral —comenzó la bruja coronada—, y me digas qué hay del otro lado.

La joven se incorporó y avanzó hacia el óvalo con decisión. Se detuvo un momento ante la superficie de destellos sublunares. Sólo el embozado, desde la posición que ocupaba, pudo ver la crispación en la mujer cuando adelantó el pie y desapareció en el interior del portal.

No pasó el tiempo en el que se respira, cuando la joven volvió a surgir del óvalo… Estaba exhausta, exhausta y demacrada, y sus prendas aparecían hechas jirones. La joven recorrió la sala con el rostro desencajado, hasta que descubrió en lo alto del trono a la estupefacta Kunho.

Corrió a arrojarse a los pies de su Señora.

—¡Oh, mi reina, oh…!

Kunho miraba con estupor a la jovenzuela que había tenido la osadía de enroscarse en sus piernas.

—¡Seff! —rugió.

El eunuco ayudó a la joven a levantarse. Todo ojos, estaba pálida y delgada, y su pecho se movía al compás de una frenética respiración.

—¡Habla! —ordenó la reina.

—¡Agua! —demandó la joven.

El eunuco trató de acallar a la impía.

—¿Cómo te atreves…?

Pero recibió un golpe tan rotundo en la mandíbula, que dio un giro completo con su cuerpo y se desplomó maltrecho sobre el piso de piedra.

—¡Agua! —insistió la joven, aún con el puño en alto.

Kunho bajó de dos en dos los escalones de su estrado y se arrojó como una pantera sobre la mujer. La tomó del cuello, se lo echó para atrás y le apoyó el frío de una daga bajo la barbilla.

—¡Te he hecho una pregunta! ¡Contesta!

Aflojó la fuerza sobre el cuello y la joven clavó los ojos en la reina.

Refirió una historia… A borbotones, como pudo… Que había estado días en las estepas akarianas. Que había sobrevivido comiendo hierbas y alimañas. Que había sido perseguida por hambrientos animales fabulosos… Kunho escuchaba, y cada tanto espiaba al embozado, que permanecía quieto como un monolito esculpido en la roca.

—¡Basta! —La reina de Effirán le dio la espalda a la joven que se derrumbó como un manojo de harapos—. ¡Seff!

El eunuco se levantó con un gimoteo, sangrando por la nariz.

—¡M-Mi Reina…!

—Reúne a mis capitanes y alcaldes —dijo la bruja, tomando asiento en su trono de granito—. ¡Partiremos a las tierras de Akaria!

La comitiva traspuso el umbral. Cuentan que cuentan que cuando Kunho, la reina de los pérfidos ojos, posó un pie sobre las regiones de Akaria, el veneno de su hiel se propagó tan virulentamente que la naturaleza se vio obligada a contraatacar. Y cuentan también que esta defensa se operó de la forma más impensada…

Los palafreneros de la realeza trajinaron días y noches por las tierras vírgenes, arengados por los perros que les olisqueaban los tobillos. Los mejores cazadores habían sido aprontados en vistas a lo que se dio en llamar "La Gran Expedición". Los ojos de los halcones, libres de las capuchas, cruzaron los cielos inhóspitos una y otra vez. Cuando volvían a posarse sobre los antebrazos armados, susurraban a los oídos las negativas sobre la búsqueda.

Hasta que en una ocasión…

Un soldado apareció ante Kunho y dijo:

—¡Señora, los cazadores se acercan con el ave!

—¿Viva?

—Según lo ha ordenado, Su Excelencia —confirmó el soldado.

Kunho batió palmas y los palafreneros detuvieron su torturado vaivén. El palafrén descendió y la reina, feliz, esperó con ansias.

Un ruidoso grupo de cazadores bajaba por una verde cuesta. No muy lejos, separado del gentío, caminaba el embozado.

Cuando el ruido de los perros estuvo más cerca, y los estandartes con el escudo de Effirán ondearon rojos y negros bajo el sol carmesí, un viejo cazador se avino con paso altanero portando el emplumado botín.

Se arrodilló ante su Señora:

—¡Mi Reina —dijo—, he aquí vuestro tesoro!

Kunho clavó los ojos sibilinos en la jaula de mimbre. Un pájaro de plumas escarlatas con pecho y pico blancos brincaba de un extremo al otro de los barrotes.

"¡La leyenda es cierta!", pensó la Reina, "¡El Torak inmortal!".

Las manos de Kunho, convertidas en garras, se abalanzaron sobre la jaula y

la destrozaron hasta cerrarse sobre la bestezuela alada.

Fue un instante que quedaría grabado en la mente de todos los presentes: Kunho, sin detenerse a pensarlo, hincó los dientes sobre el volátil y comenzó a succionar con patente beneplácito. Mientras tanto, el embozado se había acuclillado para tomar algo de la pradera susurrante…


Ilustración: Valeria Uccelli

Kunho levantó la cabeza con un suspiro de placer. El ave prácticamente había explotado en su boca y una sonrisa de lascivia adornaba el rostro ensangrentado de la regidora. Se pasó la lengua por los labios voluptuosos y se acercó al embozado. Le retiró el sombrero y descubrió su rostro parcialmente velado. Le dijo:

—¡Mi Rey! —Se restregó la mano sobre la cara saturada de sangre y la pasó lentamente sobre el rostro del desconocido—. ¡Mi Señor!

—¡Mi Reina! —sonrió el hechicero, y, a continuación, extendió la palma de la mano—. ¡Debemos irnos, Mi Señora!

El punto de luz creció en la mano enguantada del extraño hasta que flotó en el aire en forma de portal.

—¡Después de ti, Alteza!

—¡Seff! —La reina esperó a que el eunuco le pusiera su capa lapislázuli sobre los bronceados hombros—. ¡Abre el camino, mi buen Seff!

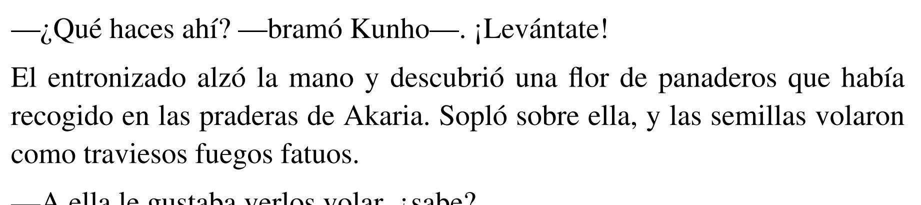
El eunuco extrajo una flauta y se puso a tocar alegremente mientras se fundía con la luz del umbral. Lo siguieron el embozado y Kunho, tomados del brazo. Cuando llegó el turno del primero de los capitanes de la comitiva real… ¡el portal dimensional se cerró en sus narices!

La Reina de Effirán parpadeó, anonadada.

—¿Qué significa esto? —dijo.

No había nadie en la sala del reino. Solo Seff con su flauta… Y, sentado en

lo alto del trono, el embozado.



—¿Qué haces ahí? —bramó Kunho—. ¡Levántate!

El entronizado alzó la mano y descubrió una flor de panaderos que había recogido en las praderas de Akaria. Sopló sobre ella, y las semillas volaron como traviesos fuegos fatuos.

—A ella le gustaba verlos volar, ¿sabe?

—¿Qué dices? —Kunho revisó las galerías desiertas—. ¿Dónde está mi corte? ¿Qué has hecho con Mareth Kal Anhet?

—Los años transcurrieron mientras permanecimos en Akaria, bruja —dictaminó el embozado—. El fasto de tu reino se ha apagado, y tus ejércitos se han replegado en la bruma de los tiempos.

—¡Soy Kunho la Inmortal! ¿Qué esperas para inclinar la cerviz? ¡Arrodíllate o…!

—Pronto comprenderás, Señora de Effirán, que la inmortalidad es sólo un punto de vista. —El embozado apuntó un dedo hacia Kunho—: ¡Por ahora, limítate a morir!

Kunho… *¡se dobló en dos de dolor!*

Seff se apartó de un salto, ahuyentado por el grito desgarrador de la mujer.

Cuando Kunho logró incorporarse, escupía sangre por entre los dientes de colmillos pronunciados, y su rostro semejaba una grotesca máscara de feria.

—¡¡¡Qué me has hecho, patético mortal!!!

El hechicero cruzó plácidamente los dedos sobre el pecho.

—Muchas son las versiones que se tejen en torno a la leyenda del Torak —dijo—: desde que concede la inmortalidad hasta que otorga la más oprobiosa de las muertes… El problema, Señora de Effirán, consiste en saber quién recibe esas historias y mediante qué patrones las interpreta…

Kunho rugió como un ser emergido del averno y, en medio de su eclipse, se lanzó con una embestida feroz sobre el entronizado. Alcanzó a la rastra el primero de los nueve escalones que la separaban del trono de granito. Mientras tanto, el embozado continuaba, impertérrito, con su explicación:

—Las leyendas varían de boca en boca y de región en región, ¿por qué un pueblo en el Sur debería pensar la inmortalidad de la misma manera que la concibe su vecino del Norte?

Kunho remontó los escalones como lo hubiera hecho alguna clase de bestia cuadrúpeda, adelantando unos colmillos afilados como dagas, rugiendo y expeliendo sangre por múltiples heridas inexplicables. Cerró una garra

sobre el pie del hechicero mientras articulaba lo que quedaba de su cuerpo para ponerse de pie.

—Los hikkas, por ejemplo, consideraban que la muerte era la más ventajosa de las eternidades: el veneno segregado por la piel del Torak resultaba óptimo para sus holocaustos a Eternidad. —El embozado saltó del trono, espada en mano. Cuando Kunho, convertida en una fuente de sangre le olisqueaba el cuello, la atravesó de lado a lado con el filo del acero—. ¡Supongo que su versión sobre el Torak desestimaba su realidad mortífera!

Kunho trastabilló. A punto de caer, logró aferrarse a un pliegue de la capa del embozado. Éste extrajo la espada del trémulo cuerpo de la reina y esperó: la de los pérfidos ojos emitió un bramido sobrehumano y, como si fuera una hoja en una tormenta de otoño, comenzó a secarse de pies a cabeza con un ruido de huesos triturados. Una mano que ya no le pertenecía consiguió cerrarse sobre el cuello de su matador, aunque demasiado tarde: Kunho de Effirán, una estatua tallada en la corteza de un árbol marchito, había muerto para los siglos de los siglos.

El embozado masculló algo por lo bajo, desvió la vista de la macabra escultura y la clavó en el eunuco que esperaba con la boca abierta.

—Lindo pellejo, ¿no lo cree? —sonrió.

Seff parecía querer ocultarse detrás de la flauta.

—¡Creo que no nos han presentado! —continuó el embozado. Descendió los escalones y adelantó la mano—. Soy Narhitorek, el nigromante. ¿Cómo le va, amigo?

Seff barbotó un chillido animal. Le dio la espalda al hechicero y salió corriendo de la sala, al tiempo que el eco de sus gritos se perdía en los infinitos pasillos de la locura.

—¡Oh, bueno! —El nigromante chasqueó la lengua y descansó la mano en la empuñadura de la espada—. ¡Supongo que es hora de irme!

Miró a la estatuaria Kunho. Se sacó el sombrero y ensayó una reverencia.

—¡Mi Reina! —dijo—. ¡Espero le agrade la decoración ígnea que he pensado para sus aposentos!

A continuación, Narhitorek apuntó la diestra en dirección a las antorchas insertas en los muros. El fuego, con un suspiro de dragón, se incrementó y mordió los altos tapices rojinegros de la heráldica effiranesa.

—¡Adiós! —El nigromante se envolvió en la capa y abandonó los largos salones.

Cuentan que cuentan que, cuando el hechicero tomaba distancia del palacio

en llamas, extrajo otra flor de panaderos de entre los pliegues de su capa. Y cuentan que cuando sopló sobre ella lloró copiosamente contemplando el vuelo de las semillas. Y hay quienes aseguran que, mientras se perdía en las sombras de la noche, dejaba escapar de sus labios una antigua tonada de amor…

La leyenda al respecto, lógicamente, abunda en variaciones.

Juan Manuel Valitutti (1971) es docente y escritor. Ha publicado cuentos en los principales medios digitales y de papel de ciencia ficción y fantasía. Finalista en el concurso "Mundos en tinieblas" en sus ediciones 2009 y 2010, también ha sido seleccionado en el contexto de la primera Convocatoria de Relatos de Horror y Ciencia Ficción organizada por Exégesis/Nocte. Sus cuentos han sido traducidos al catalán para su aparición en la revista Catarsi. Pueden consultar su blog Crónicas del Caminante.

Ya publicamos en Axxón sus cuentos EL SALUDO, EL HOLOCAUSTO DEL BÁRBARO, AL FINAL DE LA TARDE, NARHITOREK, EL NIGROMANTE y LOS ENVIADOS DE NARHITOREK.

Axxón 234 - septiembre de 2012

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Fantasía : Magia : Inmortalidad, juventud : Argentina : Argentino).







ePUB

Encuéntrenos en http://axxon.com.ar
Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
Twitter: **@axxonmovil**
Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**